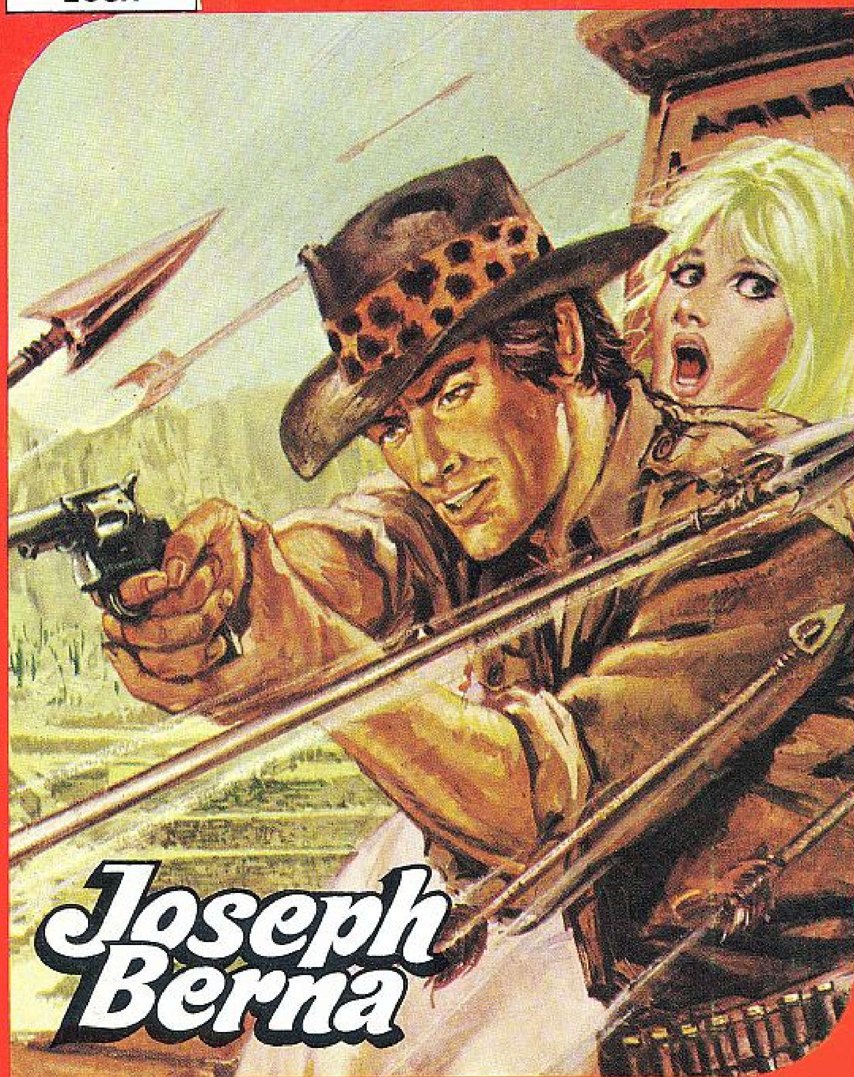
tam tam
NOVELAS ECSA

LA CIUDAD PERDIDA



LA CIUDAD PERDIDA

TAM Nº 11

Autor: Berna Joseph
ISBN: 9788475180519
Generado con: QualityEbook v0.76

CAPÍTULO PRIMERO

BURKE STANTON se encontraba en su casa de Santa Mónica, California, cómodamente repantigado en un sillón de mimbre, que había sacado al porche.

Desde allí, y mientras se fumaba un largo cigarro, Burke contemplaba el mar. Su casa se alzaba en la misma playa, a cuarenta metros escasos de donde morían las olas, bañando la dorada arena.

Burke Stanton contaba treinta y dos años de edad, rozaba el metro ochenta de estatura, y poseía un cuerpo sano y robusto, dotado de buenos músculos. Tenía el pelo negro, los ojos verdes y brillantes, la nariz recta y el mentón firme.

Un físico, en conjunto, enérgico y viril.

Como su carácter.

Burke era un tipo impetuoso.

A veces, demasiado duro.

Quizá fuera debido a su profesión, no menos dura.

Burke Stanton era explorador y había corrido infinidad de aventuras, algunas de ellas enormemente peligrosas, hasta el punto de que varias veces se había visto con un pie en el aire y el otro en la tumba.

Eran gajes del oficio.

Un oficio, en cualquier caso, que resultaba muy del agrado de Burke, a pesar del riesgo y los peligros que entrañaba. Era un aventurero nato y disfrutaba adentrándose en territorios difíciles, a veces vírgenes, misteriosos, cuyo retorno nadie podía garantizar.

De hecho, muchas personas habían desaparecido en esos lugares, quizá devorados por las fieras, engullidos por las arenas movedizas o sacrificados por miembros de las tribus salvajes que todavía existían en

las más remotas regiones del planeta.

Burke Stanton, hasta el momento presente, siempre había sabido regresar de esas regiones difíciles, por lo que gozaba de un cierto prestigio entre todas aquellas personas que sentían un vivo interés por las aventuras.

Para la mayoría, Burke era un magnífico explorador que reunía todas las cualidades: valor, experiencia, audacia, potencia física, sangre fría…

Para el resto, Burke era solamente un tipo con mucha suerte.

Había, incluso, quien aseguraba que tenía una pata de conejo.

Burke hacía caso omiso de todos estos comentarios.

Él, a lo suyo.

Y lo suyo, hoy por hoy, era descansar.

Su última aventura africana estaba todavía muy reciente como para ir pensando ya en la siguiente.

Con su musculoso y velludo torso desnudo, porque la mañana era calurosa, Burke Stanton siguió contemplando el mar, muy azul y sereno, mientras le daba chupadas al excelente cigarro.

De pronto, se escuchó el ruido de un motor.

Burke ladeó la cabeza y descubrió el coche que se acercaba.

Sonrió ligeramente.

Era el coche de Brenda Farrell, reportera de «El Heraldo de Los Ángeles», un periódico de gran tirada.

Brenda detuvo su automóvil frente a la casa del aventurero y salló de él, luciendo una falda abierta y una liviana blusa color naranja que se veía presionada por sus erguidos senos, totalmente libres bajo el tejido.

Se quedó junto al coche, observando fijamente al explorador, las manos apoyadas en sus magníficas caderas. Burke la observó a su vez de arriba abajo, repasando sus espléndidas formas de mujer, que él conocía mejor que nadie porque la había tenido en sus brazos numerosas veces… y sin ninguna ropa.

—Hola, Burke —saludó la periodista, en tono Irónico.

—¿Qué tal, Brenda? —repuso el aventurero, sin levantarse del cómodo sillón de mimbre.

La reportera apretó los labios.

—¿Es todo lo que se te ocurre decir?

—¿Qué más te gustaría oír?

—Que te alegras de verme, por ejemplo.

—Me alegro de verte, Brenda.

—¡Mentira!

—¿Por qué dices eso?

—¡Has vuelto de África, y no has venido a verme! ¡Ni siquiera me has telefoneado! —Pensaba hacerlo hoy.

—¡Hombre, qué casualidad!

—De veras, créeme.

—¡No, no te creo!

—Bueno, pues no me creas —suspiró Burke, y le dio una chupada al cigarro, expulsando tranquilamente el humo.

Brenda Farrell soltó un bufido y subió al porche.

Tenía una frondosa cabellera rojiza, los ojos pardos, y unos labios carnosos y sensuales. Había cumplido recientemente los veinticinco años de edad.

—¡Ponte en pie, Burke! —ordenó.

—Lo siento, pero estoy cansado.

—¡Arroja ese apestoso puro!

—De apestoso, nada. Es un magnífico cigarro.

La periodista se lo arrebató de un zarpazo y lo arrojó lejos.

—¡Eh!, ¿por qué has hecho eso…? —exclamó Burke.

—¡Porque estoy furiosa!

El aventurero la atrapó con sus fuertes brazos y la hizo caer sobre sus rodillas.

—Con que estás furiosa, ¿eh? —rezongó.

—¡Terriblemente!

—Creo que sé cómo aplacar tu Ira, pelirroja

—¡Tú qué vas a saber!

—Te lo demostraré —sonrió levemente Burke, y la besó en los labios con ardor, al tiempo que la estrechaba con fuerza contra su pecho desnudo.

Brenda Farrell forcejeó y trató de esquivar la boca del explorador, pero la verdad es que no puso demasiado empeño en ello, porque en el fondo deseaba que él la besara y la abrazara así, con tantas ganas.

Por ello, no tardó en abandonarse totalmente en sus musculosos brazos, colaborando Incluso en el beso.

Burke Stanton percibía el calor del busto femenino, aplastado contra su pecho, y puesto que Brenda Farrell se había calmado ya, deslizó su

mano por el escote de la blusa y le acarició los pechos, que se estremecieron al contacto de sus dedos, aupándose sus rojos pezones.

La periodista ahogó un gemido de placer.

Burke separó su boca de la de ella, pero sólo unos pocos centímetros.

—¿Se te pasó ya el enfado, Brenda?

—Ni mucho menos.

—Tendré que besarte de nuevo, pues.

—Seguiré enfadada aunque me des una docena de besos, me acaricies los pechos, me lleves a la cama, y me hagas el amor. ¿Es una sugerencia…?

—¡Es un cuerno!

Burke retiró su mano del busto femenino y la posó sobre los tentadores muslos de la reportera, que la abertura de la falda le permitía exhibir hasta muy arriba.

Brenda permitió que se los acariciara, naturalmente.

—Sigues estando tremenda, Brenda —aseguró el explorador.

—No hagas chistes con mi nombre —gruñó ella.

Burke rio.

—No es un chiste, preciosa.

—A ti te van ahora las africanas, confiésalo.

—Algunas están muy bien, lo reconozco.

—Claro. Y las brasileñas. Y las peruanas. Y las venezolanas. Y las colombianas. ¡Pero si a ti te gustan todas!

Burke rio de nuevo.

—Es cierto, me gustan las mujeres de todas las razas. Pero, especialmente, las de sangre caliente, porque se entregan totalmente en el acto del amor.

—¿Acaso yo me pongo a leer un tebeo cuando me hacen el amor?

—¡No! —siguió riendo el aventurero.

—A lo mejor piensas que corre horchata por mis venas.

—Por favor, no digas eso.

—Soy tan ardiente como la que más, Burke. ¡Y te lo he demostrado muchas veces! —Cierto.

—Te has cansado de mí, reconócelo.

—No digas tonterías.

—Sí, me tienes muy vista y muy tocada.

—Nunca me cansaré de verte y de tocarte, Brenda.

La periodista alzó los brazos y los pasó suavemente por el cuello del

explorador.

—¿Por qué no acudiste a mi apartamento en cuanto regresaste de África, Burke?

—Pero si prácticamente acabo de llegar…

—No me mientas, Burke.

—Es verdad, Brenda. Sólo llevo dos días en casa. Y me los he pasado durmiendo. Llegué verdaderamente agotado.

—¿Por culpa de las africanas?

Stanton sonrió.

—Algo tuvieron que ver, desde luego.

—¿Te has recuperado ya?

—Bastante.

—¿Lo suficiente como para llevarme a la cama y quedar como un hombre?

—Lo intentaré.

—Prometo no leer ningún tebeo.

Rieron los dos.

Después, Burke pasó un brazo por debajo de las piernas de Brenda y se levantó, cargado con ella. Como lo hizo sin el menor esfuerzo, la reportera dijo:

—Con que estabas cansado, ¿eh?

—Bueno, te dije que me había recuperado bastante, ¿no?

—Eres un maldito bribón, Burke, pero me gustas más que ningún otro hombre — confesó Brenda, y le besó.

Así, con su boca pegada a la de la periodista, Burke se dispuso a entrar en casa y llevarla al dormitorio. Pero no llegó a hacerlo, porque en ese preciso instante se oyó el motor de otro coche.

Y venía a la casa del explorador.

CAPÍTULO II

BURKE STANTON y Brenda Farrell interrumpieron el beso y miraron el coche que se aproximaba.

—Parece que tienes visita, Burke.

—Sí, y muy inoportuna.

—Será mejor que me dejes en el suelo, o adivinarán lo que pensábamos hacer.

—Lo haremos de todos modos, no te preocupes.

—Eso espero.

Burke dejó a la periodista en el suelo y atrapó su camisa, que había dejado sobre la barandilla del porche. Se la puso, porque no le parecía correcto recibir a las visitas con el torso desnudo, aunque no se molestó en abotonarla.

El coche se detuvo detrás del automóvil de Brenda, y cuatro personas descendieron de él. Se trataba de tres hombres y una mujer.

Dos de los hombres eran jóvenes y fornidos mientras que el tercero aparentaba unos cuarenta y cinco años, era de complexión delgada y estatura corriente.

La mujer no tendría más de veintitrés o veinticuatro años.

Fue en quien primero se fijó Burke porque era una preciosidad de chica. Tenía el cabello rublo y los ojos muy azules, la nariz graciosa y una boca terriblemente tentadora.

La muchacha lucía un ajustado pantalón azul turquesa y una blusa blanca, tan delgada que permitía vislumbrar las rosadas aureolas de sus senos, no demasiado grandes, pero erectos y bien formados.

En realidad, toda ella estaba bien formada, pues su cintura era muy estrecha, sus caderas tenían la curva necesaria y sus piernas eran largas

y esbeltas.

La joven se dio cuenta de que Burke Stanton la observaba fijamente, pero no se sintió cohibida por ello. Soportó el examen visual sin ponerse nerviosa y con una sonrisa un tanto Irónica en sus preciosos labios.

Y es que la chica adivinaba que habían Interrumpido algo muy Interesante con su llegada.

—Qué lástima de puro… —dijo, descubriendo en el suelo el cigarro que Brenda arrebatara a Burke de un zarpazo—. ¿Sabía mal, señor Stanton, o es que tiene usted por costumbre arrojarlos en cuanto les da un par de chupadas?

—Todo lo contrario, preciosa. Los apuro hasta que me quemo los dedos —respondió Burke.

—Pues éste está casi entero.

—Lo tiré porque pensaba hacer otra cosa que me apetecía más que fumar.

—Entiendo —repuso la muchacha, mirando ahora a Brenda.

Y lo hizo de una forma tan significativa, que la periodista arrugó el ceño, molesta, aunque no replicó a la chica rubia.

El hombre de más edad sonrió y tendió su mano al explorador.

—Soy el profesor Nolan; Frederick Nolan —se presentó.

Burke se la estrechó.

—He oído hablar de usted, profesor Nolan.

—¿De veras?

—Sí, bastante.

—Yo también he oído hablar mucho de usted, Stanton. Y muy bien, por cierto.

—Me alegro.

—Permítame que le presente a estos amigos. Son Perry Tilton y Chester Cobb.

Burke estrechó las diestras del par de sujetos.

—¿Qué tal, muchachos…?

—Es un placer conocerle, Stanton —dijo Perry. —Le admiramos mucho — añadió Chester. Gracias.

El profesor Nolan miró a la muchacha rubia.

—Ella es Cynthia Lawson, mi sobrina.

La joven tendió su manita, que se perdió entre la del explorador cuando éste se la estrechó.

—Mucho gusto, señor Stanton.

—El gusto es mío, Cynthia.

—No apriete tanto, que me tritura.

—¿Qué?

—La mano, que me está haciendo papilla.

—Oh, disculpe —tosió Burke, soltando la delicada mano de la muchacha.

—No se preocupe. Es usted muy fuerte, y es natural que tenga las manos de hierro. Frederick Nolan se fijó en Brenda Farrell.

—¿Nos presenta a su amiga, Stanton…?

—Se llama Brenda, y es periodista.

—Encantado, señorita.

—Lo mismo digo, profesor Nolan. Yo también he oído hablar mucho de usted, ¿sabe? —Lo celebro de veras.

—Sé que dedica todo su tiempo al estudio de las civilizaciones antiguas: los aztecas, los mayas, los incas… Constantemente está investigando, descubriendo cosas nuevas.

—Así es, en efecto.

—Me gustaría hacerle una entrevista para mi periódico, «El Heraldo de Los Ángeles». ¿Sería usted tan amable de concedérmela, profesor Nolan…?

—Será un placer, Brenda.

—Cuánto se lo agradezco, profesor.

—Antes, sin embargo, debo hablar con Burke Stanton.

—Oh, por supuesto. Lo de la entrevista no corre prisa. Esta tarde, mañana, pasado… Cuando a usted le venga mejor, profesor Nolan.

—Esta tarde, si le parece.

—Perfecto, profesor.

Frederick Nolan se encaró de nuevo con Burke Stanton.

—He venido a contratarle, Stanton.

—¿Contratarme…?

—Sí, le necesito.

—¿Para qué?

—Para que nos ayude a encontrar Katura.

—¿Se refiere a la ciudad perdida…?

—Efectivamente.

Burke movió la cabeza.

—Perderíamos el tiempo, profesor Nolan.

—¿Por qué dice eso?

—Katura ya no existe.

—¿Cómo lo sabe?

—Esa ciudad fue construida en la época preincaica, ha pasado demasiado tiempo.

—Eso no tiene nada que ver. Estoy seguro de que Katura sigue existiendo, Stanton. —Muchos la han buscado y nadie encontró el menor rastro de ella.

—Porque no la buscaron donde debían. La selva amazónica es inmensa como muy bien sabe usted, Stanton, y si no se tiene una idea bastante exacta de la zona en donde está lo que se busca no hay manera de hallarlo.

Burke entornó los ojos.

—¿Tiene usted una idea exacta de dónde fue construida Katura, profesor Nolan?

—Eso creo —asintió Frederick—. Me he pasado meses enteros investigando, sin preocuparme de ninguna otra cosa en todo ese tiempo, sólo de Katura.

—Otros también afirmaban saber dónde había sido levantada Katura, pero cuando llegaban al lugar…

—Estaban equivocados, Stanton.

—Usted también puede estarlo, profesor.

—Verá cómo no. De cualquier modo usted no perderá su tiempo, Stanton, porque le pagaré lo que me pida tanto si encontramos la ciudad perdida como si no. La expedición la financio yo.

Burke, tras unos segundos de meditación, preguntó:

—¿Cuántas personas formaríamos parte de la expedición, profesor Nolan?

—Perry, Chester, mi sobrina, usted y yo.

—¿Su sobrina también…?

—Sí. Se ha empeñado en venir, y…

—No debería permitirlo, profesor.

—¿Por qué? —preguntó Cynthia Lawson.

—La selva amazónica está llena de peligros.

—No me asusta.

—Algunas de las expediciones, no regresaron jamás.

—Nosotros sí regresaremos.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque le llevaremos a usted con nosotros, señor Stanton —sonrió

la muchacha—. Es el mejor explorador, en opinión de mi tío. Y cuando él lo dice…

Burke insistió:

—Su sobrina no debe formar parte de la expedición, profesor Nolan.

Frederick suspiró.

—He intentado disuadirla, créame, pero no he conseguido nada. Mi sobrina es más terca que una mula. Cuando se le mete una idea en la cabeza…

—No hay quien me la quite —aseguró Cynthia, con una traviesa sonrisa.

—Creo que yo sí podría hacerte cambiar de idea —repuso Burke—. Pero necesito el permiso de tu tío.

—¿Para qué?

—Para tumbarte sobre mis rodillas y darte una buena ración de azotes.

Los ojos de Cynthia Lawson despidieron un centelleo.

—Dudo mucho que se atreviera, señor Stanton.

Burke simuló que se escupía en la mano derecha.

—¿Cuento con su autorización, profesor Nolan?

Frederick estuvo a punto de dársela, pero no se atrevió.

—Olvídelo, Stanton. Cynthia ya es mayor de edad, y si quiere arriesgar su vida en la peligrosa región del Amazonas, allá ella.

La joven exhibió una sonrisa de triunfo.

—¿Lo ha oído, señor Stanton?

—Sí, lo he oído —gruñó Burke—. Y creo que tu tío tiene razón, ¿sabes? Si a ti no te importe que se te zampe un cocodrilo, que te asfixie una serpiente pitón, que se te trague un pantano o que una tribu de caníbales te capture, te deje sin ropa, te meta en una olla gigante y te guise como se guisa un conejo, tampoco tiene por qué importarnos a nosotros. Es tu problema, guapa.

Cynthia Lawson se puso nerviosa.

—Sé que dice todo eso para asustarme, pero yo soy una chica valiente y no me dejo impresionar.

Burke sonrió con ironía.

—Veremos lo valiente que eres cuando tengas que afrontar los muchos peligros de la selva amazónica.

No me verá temblar, puede estar seguro.

—Al tiempo.

Frederick Nolan carraspeó y preguntó:

—¿Acepta usted formar parte de la expedición, Stanton?

—Sí, profesor.

—Magnífico.

—¿Cuándo partimos?

—Lo antes posible. Si pudiera ser mañana, mejor que pasado. Nosotros lo tenemos todo dispuesto. Depende exclusivamente de usted, Stanton.

—Bueno, la verdad es que hace sólo un par de días que regresé de África, y tenía pensado descansar dos o tres semanas. Pero, dado que lo tienen ustedes todo dispuesto para la partida renunciaré a esas semanas de descanso y saldremos mañana mismo hacia la región del Amazonas.

El profesor Nolan sonrió ampliamente.

—Se lo agradezco mucho, Stanton.

Charlaron unos minutos más y, luego, Frederick Nolan, Cynthia Lawson, Perry Tilton y Chester Cobb se despidieron de Burke Stanton y Brenda Farrell, a quien Frederick dijo: —La espero esta tarde en mi casa, Brenda.

—¿A qué hora quiere que vaya, profesor Nolan?

—¿Le parece bien a las cinco?

—Desde luego —respondió la periodista.

El profesor Nolan y sus acompañantes subieron a su coche, lo pusieron en marcha y se alejaron.

CAPÍTULO III

BURKE STANTON esperó a que el coche se perdiera de vista.

Entonces, miró a Brenda Farrell y dijo:

—¿Dónde nos habíamos quedado, pelirroja?

La reportera le sonrió.

—Me tenías en brazos y nos estábamos besando.

—Oh, sí, ya recuerdo —respondió el explorador, y cargó nuevamente con ella.

La besó y entró en la casa, yendo directamente al dormitorio.

Depositó a la periodista sobre la cama y se despojó rápidamente de la camisa y el pantalón, arrojando ambas prendas al suelo.

Brenda, por su parte, se desprendió de la falda y de la blusa, conservando únicamente el breve pantaloncito blanco. Después, se dejó caer de espaldas, suavemente, y alzó sus brazos.

—Ven, Burke.

El aventurero se tendió sobre ella, y comenzó a besarla y acariciarla hasta que la sintió temblar de placer y deseo. Entonces, la poseyó vigorosamente.

Brenda Farrell, estrechamente abrazada a él, gozó como nunca.

Para Burke Stanton también fue una unión plenamente satisfactoria.

Cuando el acto amoroso concluyó, la periodista, estremecida todavía de gozo, acarició el musculoso tórax del explorador y susurró:

—Ha sido maravilloso, Burke.

—Sí, no ha estado mal.

—Lo que sí está mal es que te marches mañana.

—No era mi intención iniciar una nueva aventura tan pronto, pero las circunstancias… Sólo tenemos un día para estar juntos, Burke.

—Lo aprovecharemos bien, no te preocupes —sonrió Stanton, empezando a acariciar de nuevo el cuerpo desnudo de la reportera.

—Tengo una idea mejor, Burke.

—¿De veras?

—Formar parte de la expedición.

Burke Stanton respingó sobre la cama.

—¿Tú…?

—Sí.

—¡Estás loca!

—A mi periódico le encantaría. Podría hacer un magnífico reportaje sobre la selva amazónica. Y, si tenemos la suerte de encontrar la ciudad perdida, el reportaje sería sensacional.

—Olvídalo.

—¿Por qué?

—No quiero que arriesgues tu vida, Brenda.

—Estaríamos juntos, Burke.

—He dicho que lo olvides.

—Prefieres la compañía de Cynthia Lawson, ¿eh?

—¿Qué?

—Te gusta la sobrina del profesor Nolan, confiésalo.

—Me opuse a que formara parte de la expedición, ¿lo has olvidado ya?

—Lo hiciste para despistar.

—¡Estaba dispuesto a darle una buena zurra, te lo aseguro!

—Lo que tú querías, era comprobar la firmeza de su trasero.

—¡No digas idioteces, Brenda!

—Harás el amor con ella, lo sé.

—Por eso quieres formar parte de la expedición, ¿eh? ¡Para poder vigilarme!

Brenda Farrell se mordió los labios.

—Deseo estar contigo, Burke.

—Ya estás conmigo, Brenda.

—Un día es muy poco, Burke.

—Cuando vuelva de la selva amazónica estaremos tres o cuatro semanas juntos, te lo prometo.

La periodista no insistió.

Burke reanudó las caricias, al tiempo que besaba a Brenda en el

cuello, en los hombros, en los pechos…

Ella dejó de mostrarse ceñuda.

—¿Sientes deseos de repetir, Burke? —preguntó, cogiéndole la cabeza.

—Tenemos que aprovechar bien el día, ¿recuerdas?

—Esta tarde tengo que hacerle la entrevista al profesor Nolan.

—Ya se la harás cuando volvamos.

—No, le he dicho que estaría en su casa a las cinco, y tengo que ir.

—Puedes ponerle alguna excusa.

—No, estaría muy feo.

—Está bien, si es más importante para ti entrevistar al profesor Nolan que pasar la tarde conmigo…

—Olvidémonos del profesor Nolan y amémonos otra vez. ¿De acuerdo, Burke?

—Sí, será lo mejor —respondió el aventurero, y la besó en los labios con pasión.

* * *

A las cinco en punto, Brenda Farrell se presentó en la casa del profesor Nolan. Cynthia Lawson le abrió la puerta y le sonrió, aunque sin muchas ganas.

—Hola, Brenda.

—¿Qué tal, Cynthia?

—Mi tío te está esperando.

—Llévame con él, por favor.

—Acompáñame.

Mientras caminaban, Cynthia Lawson dijo:

—Quiero pedirte disculpas, Brenda.

—¿Por qué?

—Por nuestra inoportuna visita.

—No te entiendo.

—Oh, vamos, no te hagas la despistada. Cuando llegamos, Burke Stanton te había cogido en brazos y te estaba besando.

—¡Ah!, te referías a eso.

—Claro.

—No tuvo importancia, Cynthia. Cuando os marchasteis, continuamos.

—¿De veras?

—Sí, entramos en la casa y… Bueno, no es necesario entrar en

detalles, ¿verdad?

—Desde luego que no.

—Como ha de partir mañana, Burke me hizo una despedida larga, intensa y apasionada. —Muy interesante.

—Siempre se despide así de mí.

—Qué bien —rezongó Cynthia, y abrió la puerta del despacho de su tío—. Adelante, Brenda.

—Gracias —sonrió la periodista, y entró en el despacho, cuya puerta cerró Cynthia, quedándose fuera.

Al ver a la reportera, Frederick Nolan se puso en pie y salió de detrás de la mesa.

—Brenda…

—Buenas tardes, profesor Nolan.

Frederick estrechó la mano de la periodista y dijo: Estoy dispuesto a responder a todas sus preguntas, Brenda.

—La primera le va a sorprender.

—¿De veras?

—¿Puedo formar parte de la expedición, profesor Nolan?

CAPÍTULO IV

POR la mañana, a la hora convenida, Burke Stanton acudió al lugar indicado por el profesor Nolan llevando en su coche sus dos mejores escopetas, entre otras cosas.

Burke se había puesto su traje de explorador, color verde oscuro con algunas manchas claras, y calzaba un par de resistentes botas. De su canana, repleta de cartuchos, pendían un revólver calibre 45 y un magnífico cuchillo.

En su equipaje llevaba también un par de machetes, que le iban a ser muy necesarios en la selva amazónica.

En el lugar señalado por Frederick Nolan aguardaba un moderno hidroavión que Perry Tilton se encargaría de pilotar, aunque también Chester Cobb podría hacerlo si fuera necesario.

Burke detuvo su coche a pocos metros del hidroavión, en donde el profesor Nolan dialogaba con Perry y Chester mientras aguardaban la llegada del explorador.

Este salió del coche y saludó a los tres hombres, que también lucían ropas apropiadas para desenvolverse en la selva amazónica.

—No veo a su sobrina, profesor —dijo Burke—. ¿Ha decidido, acaso, renunciar a la expedición…?

—¡Ni hablar! —respondió Frederick—, Está en el hidroavión, con…

—Ya me extrañaba a mí —rezongó Burke, tocándose el sombrero.

—Cargad las cosas de Stanton, muchachos —indicó Frederick.

Perry y Chester se apresuraron a obedecer.

El profesor Nolan, con una extraña sonrisa, sugirió:

—Suba al hidroavión, Stanton. Se llevará una sorpresa.

—¿Con su sobrina?

—Lo averiguará cuando esté arriba.

—Está usted muy misterioso esta mañana, profesor Nolan.

—Vamos, suba, suba —rio Frederick, empujándolo.

Burke subió al hidroavión.

Al instante, dio un respingo.

—¡Brenda! —exclamó.

La periodista, sentada en uno de los asientos del fondo de la cabina, levantó la mano y la agitó a modo de saludo.

—Hola, Burke.

Cynthia Lawson, que ocupaba otro asiento, más adelante, sonrió irónicamente y dijo:

—Vaya sorpresa, ¿eh, señor Stanton?

Burke ni siquiera la miró.

Seguía teniendo los ojos fijos en Brenda Farrell.

—¿Qué diablos haces tú aquí, Brenda...? —preguntó, con el semblante agrio.

—El profesor Nolan me invitó a formar parte de la expedición, y yo acepté encantada. —¡Mientes! —rugió Burke.

—¿Por qué dices eso, cariño?

—¡Se lo pediste tú!

La periodista carraspeó ligeramente.

—Bueno, yo comenté que me gustaría hacer un reportaje sobre la selva amazónica, y el profesor Nolan tuvo la gentileza de invitarme a acompañaros.

—¡Embustera!

—Por favor, Burke. ¿Qué va a pensar Cynthia...?

—¡Me importa un cuerno lo que piense Cynthia!

—Muchas gracias —dijo la sobrina de Frederick Nolan, en tono irónico.

Burke soltó un bufido de cólera y se asomó a la puerta del hidroavión.

—¡Profesor Nolan! —tronó.

—¿Sí, Stanton...?

—¡Suba inmediatamente!

—¡Voy!

Frederick subió al hidroavión, conteniendo la risa a duras penas.

—¿Qué ocurre, Stanton? ¿Hace agua el hidroavión...?

—¡Déjese de bromas! —ladró Burke.

Frederick tosió.

—Ha visto ya a Brenda, ¿eh?

—¡Ella dice que usted la invitó a formar parte de la expedición!

—Bueno, tenía tanto interés en hacer un reportaje sobre la selva amazónica que…

—¿Y los peligros? ¿No pensó usted, profesor?

—Naturalmente que pensé. Pero Brenda dijo que no le importaba correrlos, que ella no era menos valiente que Cynthia, y como mi sobrina iba a ir a la selva amazónica, ella también iría.

Brenda Farrell asintió con la cabe

—Es cierto, dije todo eso.

Burke la fulminó con la mirada.

—¿Le dijiste, también, que me lo habías pedido a mí y que yo me había negado rotundamente…?

—No.

—¡Lo suponía!

Cynthia Lawson preguntó:

—¿Va a darle una ración de azotes, señor Stanton…?

—¡Es muy posible! — rugió el explorador.

—Cálmese, Stanton —rogó Frederick, dándole unas palmaditas a la espalda—. Brenda es reportera, y es natural que tenga mucho interés en conocer la selva amazónica. Y si encontramos la ciudad perdida…

—¡No es la ciudad perdida lo que a ella le interesa! ¡Ni la selva amazónica!

—¿No…?

—¿Qué es lo que realmente le interesa a Brenda, señor Stanton…? —preguntó Cynthia.

El explorador estuvo a punto de soltarlo, pero en el último instante se frenó.

Brenda Farrell sonrió suavemente y dijo:

—Burke está nervioso, profesor Nolan. Por eso dice que no me interesa la selva amazónica ni la ciudad perdida, cuando la verdad es que confío en hacer un reportaje sensacional. Tengo la certeza de que encontraremos Katura, y mi reportaje se venderá en todo el mundo. Me haré famosa, estoy segura.

Frederick Nolan sonrió, visiblemente satisfecho.

—Gracias por la confianza, Brenda.

—A usted, profesor, por invitarme a formar parte de la expedición.

Siempre estaré en deuda con usted.

Burke soltó un gruñido y descendió del hidroavión.

Estaba furioso porque Brenda se había salido con la suya.

¡Buena se la había jugado, la muy zorra!

Por eso no quiso aplazar su entrevista con el profesor Nolan.

Bien, allá ella.

Si se dejaba el pellejo en la peligrosa selva amazónica, ella se lo habría buscado.

Lo mismo que Cynthia Lawson.

* * *

El moderno hidroavión había partido ya, expertamente pilotado por Perry Tilton y con combustible suficiente para atravesar toda la América Central.

En la costa colombiana, hicieron un alto para repostar.

Almorzaron allí y reanudaron el viaje en busca ya de la vasta región del Amazonas.

El profesor Nolan había desplegado un mapa sobre sus rodillas en el que había marcado el área de la selva amazónica en la que, según sus investigaciones, fue levantada Katura, la ciudad que nadie, hasta el momento presente, había sabido encontrar.

El área, bastante extensa, era de las más frondosas y peligrosas pues en ella habitaban los macúes y los tacúes, dos tribus salvajes que no toleraban la presencia de gente extraña en sus respectivos territorios.

Y, por si fuera poco, los macúes y los tacúes eran enemigos irreconciliables. Se odiaban a muerte, y sus enfrentamientos eran constantes, feroces y sangrientos.

Frederick Nolan señaló un punto del mapa y dijo:

—Posaremos el hidroavión en este río, Stanton. Es el más próximo al área que debemos explorar.

Burke compuso una mueca.

—Demasiado peligroso, profesor.

—¿Usted cree?

—Debemos amarar en este otro río —el explorador lo señaló en el mapa.

—¿Tan lejos…?

—Es mucho más seguro, profesor. Si nos posamos tan cerca de la zona que queremos explorar, los macúes y los tacúes nos descubrirán mucho antes de que los flotadores del hidroavión tomen contacto con el

agua del río y nos prepararán un adecuado recibimiento. Es preferible amarar lejos de sus territorios, y aproximarse luego poco a poco, con la máxima cautela.

Cynthia Lawson preguntó:

—¿Quiénes son los macúes y los tacúes, señor Stanton?

Burke la miró.

—Dos tribus salvajes muy peligrosas.

—¿Nos atacarán, si nos descubren…?

—Y se nos comerán, si nos atrapan.

La sobrina del profesor Lawson no pudo evitar un estremecimiento.

Brenda Farrell también se estremeció.

Fue la periodista quien preguntó:

—¿Son caníbales, Burke…?

El aventurero asintió con la cabeza.

—Les encanta la carne humana, pero hay algo que diferencia a los macúes de los tacúes.

—¿Qué es? —preguntó Cynthia, con un hilo de voz.

—A los macúes se les hace la boca agua cuando ven una mujer rubia. Los tacúes, en cambio, sienten preferencia por las pelirrojas. Cuestión de gustos.

Frederick Nolan, Perry Tilton y Chester Cobb se echaron a reír convencidos de que Burke Stanton bromeaba, pero Brenda Farrell y Cynthia Lawson continuaron con todo el vello del cuerpo de punta, pues ellas no estaban tan seguras de que el explorador hubiese dicho aquello en broma.

CAPÍTULO V

AL atardecer divisaron el río que Burke Stanton señalara como mucho más seguro para amarar por su lejanía de los territorios en donde moraban los macúes y los tacúes.

Siguiendo el consejo del veterano explorador, Frederick Nolan indicó a Perry Tilton que hiciera descender el hidroavión y lo posara en aquel río.

El piloto realizó la maniobra oportuna y el aparato volador perdió altura hasta conseguir que sus flotadores se deslizaran sobre las aguas del río.

El hidroavión fue perdiendo velocidad y finalmente quedó quieto en el río. Un río de aguas tranquilas, no demasiado profundo, rodeado totalmente de espesura.

Los expedicionarios observaron ambos márgenes del río a través de las ventanillas del hidroavión.

—Todo parece tranquilo, ¿no, Stanton? —dijo Frederick Nolan.

—Efectivamente, profesor. Pero no hay que fiarse de las apariencias, por lo que sugiero que echemos un vistazo a los alrededores antes de descargar nuestras cosas —respondió Burke.

—De acuerdo.

—Usted y las chicas permanezcan en el hidro, profesor. Perry, Chester y yo escrutaremos los alrededores.

—Como usted ordene, Stanton. Preparad el bote, muchachos —indicó Frederick. Chester y Perry abrieron la puerta de la cabina y lanzaron el pequeño bote hinchable, que se llenó de aire con gran rapidez.

Mientras tanto, Burke desenfundó una de sus escopetas, la cargó y se

colocó al cinto uno de sus machetes.

Chester y Perry prepararon también sus escopetas.

Burke miró a Brenda y Cynthia.

Como si se hubieran puesto de acuerdo ambas lucían unos brevísimos «shorts» para poder exhibir sus hermosas piernas, que podían competir con las mejores.

Por el momento, claro, sólo competían entre ellas.

—Profesor Nolan.

—¿Sí, Stanton…?

—Ocúpese de que tanto su sobrina como Brenda cambien de indumentaria, antes de descender del hidroavión.

Cynthia y Brenda se miraron.

—¿Es que no vamos bien así…? —preguntó la primera.

—Naturalmente que no. No se puede ir por la selva con las piernas al aire. Os las pondríais perdidas de arañazos. Y serían el blanco de los mosquitos y de otros insectos. Cuando más tapaditas, mejor, guapas.

Frederick sonrió.

—Stanton tiene razón, muchachas. Debéis poneros pantalones largos. Ya luciréis vuestras bonitas piernas en otra ocasión.

—Tendremos calor, tío Frederick —repuso su sobrina.

—Es preferible sudar un poco a destrozaros las piernas con el roce de la maleza. Y ya habéis oído lo que ha dicho Stanton sobre los mosquitos y otros insectos. Os llenarían las piernas de picaduras.

—Está bien, nos pondremos de largo —suspiró la periodista.

—Eso, que ya sois mayorcitas —dijo Burke, con ironía.

Después, él, Chester y Perry saltaron al bote hinchable, que podía soportar el peso de cuatro personas a pesar de su reducido tamaño.

Chester y Perry cogieron el par de cortos remos y los metieron en el agua, salpicada de hojas caídas, algunas de ellas bastante grandes. El bote se acercó a la orilla.

Burke fue el primero en pisar tierra firme, con su escopeta en las manos siempre presta. Perry y Chester saltaron también a la orilla y sacaron el bote del río.

—Seguidme, muchachos —indicó Burke, y se adentró en la espesura.

Chester y Perry fueron tras él, desapareciendo los tres.

* * *

Frederick Nolan, Cynthia Lawson y Brenda Farell los vieron perderse entre la espesa vegetación.

—No se alejarán mucho, ¿verdad, profesor? —dijo la periodista.

—Por supuesto que no —respondió Frederick—. Stanton sólo quiere echar un vistazo a los alrededores, ya lo oíste.

—¿Tienes miedo, Brenda? —preguntó Cynthia, en tono burlón.

—Yo no he dicho eso.

—Te asusta quedarte sin la protección de Burke Stanton, confiésalo.

—No es verdad. Aunque sí lo es que a su lado me siento mucho más segura. Y resulta paradójico, porque Burke tiene algo en común con los tacúes.

—¿Con los tacúes…?

—Sí.

—¿El qué?

—También él siente preferencia por las pelirrojas —respondió la reportera, ahuecándose coquetamente el cabello.

El profesor Nolan rio.

—¡Eso ha tenido gracia, Brenda!

Su sobrina, en cambio, apretó los dientes.

—A mí no me ha hecho ninguna —rezongó.

—Preferirías que compartiera los gustos de los macúes, ¿no es cierto? —preguntó Brenda.

Cynthia iba a responder airadamente, cuando escuchó un grito.

Había partido de la espesura.

Y parecía la voz de Chester Cobb.

Efectivamente, el grito lo había emitido Chester Cobb.

Y no era para menos.

Había sido atacado por una boa.

La mayor de las serpientes conocidas.

De ocho a diez metros de largo.

No es venenosa, pero tiene tal fuerza que es capaz de sujetar un toro o un tigre.

La poderosa boa había caído sobre Chester Cobb por sorpresa, arrojándose desde la rama de un frondoso árbol, en el que se hallaba perfectamente camuflada.

De ahí que Burke Stanton y Perry Tilton, que iban delante, no la hubieran descubierto, como tampoco

Chester Cobb, quien se enteró de la presencia de la monstruosa culebra cuando ya la tenía encima.

Por eso gritó.

Burke y Perry se volvieron al instante.

La boa ya estaba envolviendo a Chester, que había caído al suelo, perdiendo su escopeta.

—¡La cabeza, Chester!… ¡Sujétale la cabeza! —rugió Burke, viendo que el colosal ofidio se disponía a morderle el cuello.

Chester aferró a la boa por debajo de su aplastada cabeza.

La piel escamosa del animal le produjo una extraña sensación al tacto, muy desagradable, pero no soltó su cuello, consciente de que la serpiente pretendía hincarle los dientes en el suyo.

La boa tenía su gran boca abierta de par en par, mostrando sus afilados colmillos y su bífida lengua, con la que parecía querer azotar el rostro de su víctima.

Burke y Perry se lanzaron en ayuda de Chester.

No podían hacer uso de sus escopetas, pues sólo acertando en la cabeza de la serpiente podrían acabar con ella. Pero sería casi imposible darle en la cabeza, porque el reptil la movía furiosamente, tratando de librarse de las manos de Chester, y podrían herir a éste.

Incluso matarle, muy a su pesar.

Había que luchar cuerpo a cuerpo con la gigantesca serpiente, y eso hicieron Burke y Perry.

El explorador había empuñado su machete, con el que esperaba poder cortarle la cabeza a la boa de un solo tajo, en cuanto se le presentase la oportunidad.

El reptil se enroscó también a los cuerpos de Burke y Perry, pero sin soltar a Chester, quien lo estaba pasando francamente mal, porque la boa apretaba cada vez más, amenazando con asfixiarle.

Las fuerzas le abandonaban.

Ya no podía seguir sujetando el cuello de la enorme serpiente.

Burke se dio cuenta de ello y se decidió a soltarle el tajo a la boa, aun con riesgo de herir los brazos de Chester.

Afortunadamente, el machete cercenó la cabeza del reptil sin llegar a rozar a aquél. Brotó un gran chorro de sangre que salpicó a los tres hombres, pero a ninguno de ellos le importó.

Lo que en verdad era importante era que la monstruosa boa estaba ya sin cabeza, lo que equivale a decir que estaba muerta.

Bueno, casi muerta, porque sus muchos metros de cuerpo aún tenían vida, aunque muy poca. Apenas tenía fuerza ya para oprimir los cuerpos de sus presas, y Burke y Perry no tuvieron dificultades para librarse del cuerpo de la serpiente y librar a su vez a Chester, quien por fin pudo

respirar a pulmón libre.

El cuerpo de la boa se enrolló en espiral, para morir en forma de ensaimada de Mallorca, y dejó de moverse. La cabeza, un poco más allá, seguía con las fauces muy abiertas, como si continuara con ganas de morder.

Pero ya no podía hacerlo.

Sus mandíbulas estaban totalmente rígidas.

Chester Cobb se incorporó, ayudado por Burke Stanton y Perry Tilton.

—¿Estás bien, Chester? —preguntó el explorador.

—Sí, creo que sí —respondió Cobb, cogiéndose la caja torácica—. Cómo apretaba, la condenada…

—Burke le dio lo suyo con el machete —dijo Perry.

Chester esbozó una sonrisa.

—Gracias, Burke.

—No hay de qué, muchacho. ¿Te encuentras en condiciones de seguir?

—Desde luego.

—En marcha, pues —indicó Burke.

CAPÍTULO VI

FREDERICK NOLAN, Cynthia Lawson y Brenda Farrell, asomados a la puerta del hidroavión, aguardaban impacientes el regreso de Burke Stanton, Perry Tilton y Chester Cobb. —Tardan en volver, tío Frederick —murmuró Cynthia.

—Hace sólo unos minutos que se fueron, pequeña —repuso Nolan.

—Ese grito que oímos… —musitó Brenda.

—Perry debió asustarse por algo —adivinó Nolan—. Pero no debió tener mayor importancia, estoy seguro.

Cynthia y Brenda guardaron silencio.

Como todavía lucían los breves «shorts», Frederick indicó:

—Poneos los pantalones largos de una vez, porque si seguís con las piernas al aire cuando regrese Stanton, se pondrá furioso.

Las chicas obedecieron.

Justo cuando estaban terminando de cambiarse, el profesor Nolan exclamó:

—¡Ya están ahí!

Cynthia y Brenda corrieron hacia la puerta del hidroavión.

En efecto, Burke, Chester y Perry acababan de surgir de la maleza.

El primero informó:

—Todo está tranquilo a este lado del rio, profesor.

—¿Qué fue ese grito, Stanton? —preguntó Nolan.

—Chester vio una lagartija.

—¿Y se asustó…? —exclamó Cynthia, desconcertada.

—Es que la lagartija medía casi diez metros —explicó Perry.

Brenda respingó nerviosamente.

—¡Era una serpiente! —adivinó.

—Sí, fui atacado por una boa —asintió Chester—. Hubiera acabado conmigo, pero Burke y Perry acudieron en mi ayuda y Burke le cortó la cabeza con su machete.

En los ojos de Cynthia Lawson hubo un destello de admiración.

—Conque una lagartija, ¿eh, señor Stanton?

—Lo dije para no asustaros — respondió el explorador.

—No sea cínico. Si de verdad no quisiera asustarnos no nos hubiera dicho lo de los macúes y los tacúes.

—Eso —rezongó Brenda.

Burke sonrió e indicó:

—Echad el bote. Daremos un vistazo también a la otra orilla.

* * *

El lado opuesto del río había sido inspeccionado ya por Burke, Perry y Chester, no encontrando tampoco rastro alguno de miembros de tribus salvajes, por lo que regresaron al hidroavión.

—El lugar es seguro, profesor Nolan —Informó el explorador—. Podemos descargar nuestras cosas y pasar la noche en la espesura. Por la mañana, temprano, nos pondremos en marcha.

—Muy bien, Stanton.

Chester y Perry, con la ayuda de Burke y Frederick, fueron cargando en el bote sus respectivos equipos y los víveres, y los llevaron a la orilla.

—Os toca el turno a vosotras, guapas —dijo Burke, desde el bote—. Os ayudaré a bajar. Brenda fue la primera en saltar al bote.

Burke la cogió por la cintura, y la periodista no tuvo ningún problema.

—Ahora, tú, rubia —dijo el explorador, alzando sus brazos hacia la sobrina del profesor Nolan.

—Cójame fuerte, ¿eh, señor Stanton? —rogó ella.

—No tengas miedo.

—¿Quién ha dicho que lo tenga? —repuso Cynthia, y se lanzó.

Burke la aferró por el talle y la depositó con suavidad en el bote.

Cynthia se habría abrazado literalmente a él, y no parecía tener prisa por soltarse.

Burke percibía la dureza de los senos de la muchacha, que presionaban su tórax, y tampoco él soltó la cintura femenina.

Brenda vio que se miraban a los ojos y frunció el ceño.

—Ya no hay peligro de que te caigas, Cynthia —masculló.

—¿Qué?

—Sí, hazte la sueca.

Burke sonrió.

—Siéntate, Cynthia —indicó.

La sobrina del profesor Nolan obedeció.

Burke se sentó también y empuñó uno de los remos.

Al escrutar las aguas del río, Cynthia descubrió un par de ojos que miraban Fijamente, sin pestañear. Estaban bastante separados el uno del otro, y se hallaban Incrustados en una cabeza de color verde oscuro que apenas sobresalía del agua.

La joven los señaló con su brazo y exclamó:

—¡Qué rana tan grande!

—¿Dónde? —preguntó Brenda.

—¡Allí!

Burke miró también hacia el punto del río que Indicaba la sobrina del profesor Nolan y esbozó una sonrisa.

—No es una rana, Cynthia.

—¿Qué es, entonces…?

—Un cocodrilo.

Cynthia Lawson dio tal respingo que casi se cayó del bote.

—¡Un cocodrilo…! —chilló, y se abrazó de nuevo a Burke Stanton.

Brenda Farrell, no menos aterrada, se abrazó también al explorador.

—¡Burke!

Stanton emitió un gruñido.

—¿Queréis hacer el favor de soltarme, preciosas? Nos vamos a caer los tres al río.

A pesar de la advertencia, Cynthia y Brenda siguieron aferradas a él.

—¡Soltadme u os atizo con el remo! —amenazó el explorador.

Esta vez, las chicas sí hicieron caso.

—¡Mátalo, Burke! —gritó Brenda.

—¡Sí, dispárale! —chilló Cynthia.

Stanton movió la cabeza.

—Es un cocodrilo viejo, no tiene ganas de lucha. Si fuera joven y fiero, ya nos habría atacado.

—¿Cómo sabes que es viejo, si sólo se le ven los ojos y unos pocos centímetros de cabeza…? — preguntó Brenda.

—Para mí, es suficiente —gruñó el explorador, y hundió el remo en el agua.

El bote se aproximó a la orilla, en donde Frederick Nolan, Perry

Tilton y Chester Cobb vigilaban al viejo cocodrilo, por si las moscas.

Pero no hubo necesidad de utilizar las escopetas.

El cocodrilo no se movió, demostrando que Burke Stanton tenía razón.

El bote alcanzó la orilla, y Cynthia y Brenda saltaron rápidamente a ella, asustadas todavía por la presencia del inmóvil cocodrilo. Burke saltó también del bote, y éste fue sacado del río por Chester y Perry.

—¿Por qué no preparáis la cena, guapas? —sugirió el explorador.

—¿Con el cocodrilo vigilándonos…? —repuso Cynthia.

—Es inofensivo, ya os lo he dicho.

—¿Sólo porque es viejo?

—Sí.

—Puede haber más, Burke —observó Brenda—. Y ser más jóvenes.

—Es lo que estaba pensando yo —dijo Cynthia—. Ese cocodrilo puede ser un abuelo, pero como surjan sus hijos y sus nietos…

Burke sacudió la cabeza.

—Sus parientes no andan por aquí, podéis estar tranquilas. De todos modos, siempre habrá dos de nosotros vigilando. Por si aparecen más cocodrilos… o lagartijas de diez metros.

Cynthia y Brenda se estremecieron a dúo.

—Disfruta asustándonos, ¿eh, señor Stanton? — gruñó la primera.

—Todo lo contrario, preciosas —sonrió el explorador—. Trato de infundiros tranquilidad.

—Mencionando a las boas, ¿no? —rezongó Brenda.

—Venga, preparad la cena, que tenemos hambre —apremió Burke.

* * *

Los cuatro hombres cenaron con buen apetito, pero las dos mujeres apenas probaron bocado.

Burke Stanton dijo:

—Perry y yo haremos la primera guardia. Después, Chester y usted nos sustituirán, profesor Nolan.

—Entendido, Stanton —respondió Frederick.

—A dormir, pues. Y vosotras también, chicas.

—Yo no tengo sueño —dijo Brenda.

—Ni yo —dijo Cynthia.

Burke sonrió burlonamente.

—Pensáis que el miedo no os dejará pegar ojo, ¿no es eso?

—Yo no he dicho que tenga miedo, sólo he dicho que no tengo

sueño —puntualizó la periodista.

—Tampoco yo he dicho que esté asustada —habló la sobrina del profesor Nolan.

—Bien, si no queréis dormir, es vuestro problema. Pero mi consejo es que lo intentéis. Si no descansáis lo suficiente mañana lo pasaréis muy mal pues tenemos que caminar todo el día. Será una jomada dura, como auras lo serán también las siguientes. Y no penséis que vamos a detenernos a cada dos por tres, sólo porque vosotras os sintáis fatigadas.

—Muy amable —repuso Cynthia, sarcástica.

—Muy antipático, diría yo —rezongó Brenda.

Frederick Nolan intervino:

—Stanton tiene razón, muchachas. Debemos descansar todo lo suficiente. Chester y yo vamos a dormir. Y lo haremos tranquilos, porque sabemos que Burke y Perry estarán vigilando con todos los sentidos alerta. Procurad dormir vosotras también. Veréis como no ocurre nada.

Cynthia y Brenda se dejaron convencer, y se echaron con intención de conciliar el sueño, aunque ambas sabían que les iba a resultar muy difícil.

CAPÍTULO VII

POR la mañana, muy temprano, los expedicionarios se pusieron en marcha, cargando cada cual con una parte de las cosas que era Imprescindible llevar.

Incluso Cynthia y Brenda tuvieron que colaborar en el transporte de víveres, cajas de municiones, medicinas y demás. Por sugerencia de Burke Stanton se habían colocado cintos de los que pendían sendos revólveres calibre 45.

Ni la una ni la otra tenían experiencia con las armas de fuego, pero debían llevar revólver por si las cosas se ponían feas. Sacarlo de la funda y apretar el gatillo, no era tan difícil: si daban en el blanco, bien; y si no, mala suerte.

Avanzaban los seis en fila india, despacio, pero sin pausas.

Burke Stanton abría la marcha; de vez en cuando se veía obligado a utilizar su machete para facilitar el paso de la expedición por la espesura.

El profesor Nolan, Cynthia Lawson y Brenda Farrell le seguían por este orden; la reportera con su cámara fotográfica colgando del cuello, presta a captar Imágenes Interesantes que luego insertaría en su reportaje sobre la peligrosa selva amazónica.

Chester Cobb y Perry Tilton cerraban la marcha.

Caminaron varias horas seguidas sin ningún Incidente serlo, pues aunque se habían tropezado con algunas serpientes, ninguna resultó ser tan gigantesca como la boa que atacara a Chester la tarde anterior.

Las esquivaron todas excepto dos, que Burke tuvo que liquidar con su machete porque se mostraron peligrosamente agresivas.

Los Insectos, especialmente los mosquitos, Importunaban lo suyo,

pero eran un mal menor. También el calor resultaba molesto, y a medida que el día avanzaba la temperatura se hacía más insoportable.

Las ropas de los expedicionarios, lógicamente, fueron empapándose de sudor. Cynthia y Brenda sintieron deseos de ponerse frescas, para resistir mejor la alta temperatura, pero no se atrevieron por temor a los mosquitos y a los arañazos de la maleza, que continuamente rozaba sus cuerpos.

Ambas se hallaban agotadas, pero no lo decían porque recordaban las palabras que Burke Stanton pronunciara la noche anterior, y el orgullo les Impedía confesar su fatiga por las varias horas de marcha y el sofocante calor.

Cynthia se abrió un poco más la blusa, para ver si le entraba un poco de aire en el pecho, pero lo que le entró fue un mosquito con el aguijón presto.

El insecto, como si fuera un consumado mosquetero, se plantó junto al pezón del seno derecho y soltó la estocada.

—¡Ay! —gritó Cynthia, y se llevó rápidamente la mano al pecho aguijoneado.

Burke y Frederlck se volvieron al Instante.

—¿Qué te ocurre, Cynthia? —preguntó el segundo

—¡Me ha picado un mosquito en el seno!

—Llevas la blusa demasiado abierta —observó Burke.

—¡Porque tengo calor!

—Pronto podrás refrescarte.

—¿De veras?

—Sí, nos estamos aproximando a un pequeño río, que tenemos que cruzar.

—¿Y si hay cocodrilos…? —intervino Brenda.

—Los ahuyentaremos.

—Estamos hablando de cocodrilos, no de moscas.

Burke sonrió.

—Vamos, hay que seguir.

—¿Hasta cuándo? —preguntó la periodista.

—¿Estáis cansadas?

—¿Tú qué crees?

—Si no os hubierais pasado toda la noche en vela…

Brenda y Cynthia no replicaron, porque era cierta que apenas habían dormido la noche pasada.

Frederick Nolan, a la vista de las caras de agotamiento que ponían su sobrina y la reportera, carraspeó ligeramente y sugirió:

—Podíamos hacer un alto; ¿no, Stanton?

—De acuerdo, descansaremos un poco junto a ese río si no hay cocodrilos —respondió el explorador.

Reanudaron la marcha.

Poco después, alcanzaban el pequeño río.

Burke Stanton lo escrutó en ambas direcciones, así como las orillas.

—Parece que no hay cocodrilos.

—¿Estás seguro, Burke? —preguntó Brenda.

—¿Ves tú alguno?

—No.

—Yo tampoco. De todos modos, no lo sabremos con certeza hasta que crucemos el río. Si hay cocodrilos, nos atacarán inmediatamente. Lo intentaré yo primero — dijo el explorador; y se metió en el río, con la escopeta firmemente empuñada.

Frederick, Chester y Perry prepararon las suyas.

Burke cruzó el río sin prisas, mirando hacia un lado y otro del mismo. El agua le cubría sólo hasta la cintura.

De pronto, un par de cocodrilos surgieron de la maleza, en la orilla opuesta, a unos diez metros a la izquierda del explorador, y se lanzaron velozmente al agua.

—¡Cuidado, Stanton! —gritó el profesor Nolan.

Burke también había visto a los dos cocodrilos, así que se echó rápidamente la escopeta a la cara y efectuó unos cuantos disparos, anticipándose a Perry y Chester.

Los cocodrilos, certeramente alcanzados, quedaron flotando en el río, sin vida.

Pero había más.

—¡A la derecha, Stanton! —advirtió Frederick Nolan, y accionó el gatillo de su escopeta. Burke volvió velozmente su arma hacia allí.

Cuatro cocodrilos se habían lanzado al agua por aquel lado, y ya nadaban con rapidez hacia él, dispuesto a devorarlo.

Cynthia y Brenda gritaron, angustiadas.

—¡Salga del río, Burke! —pidió la primera.

—¡Sí, Burke, no te quedes ahí o los cocodrilos se te zamparán! —chilló la reportera.

El explorador no hizo caso.

Plantado en medio del río, con una tranquilidad realmente asombrosa, había empezado a disparar contra los cocodrilos.

Chester y Perry hicieron funcionar también sus escopetas, demostrando poseer mejor puntería que el profesor Nolan.

Entre los cuatro dieron buena cuenta de los feroces cocodrilos, que quedaron patas arriba, Inmóviles, manchando el agua del río con la sangre que brotaba de sus heridas. Todavía surgieron tres más, pero éstos, en vez de atacar a Burke, se pusieron a devorar los cuerpos de sus compañeros muertos.

A pesar de ello, las escopetas tronaron de nuevo, abatiendo a los tres cocodrilos.

No aparecieron más.

Burke Stanton, con envidiable sangre fría, acabó de cruzar el río y alcanzó la otra orilla, inspeccionándola.

—No hay peligro, profesor Nolan. Pueden cruzar el río sin temor alguno.

Frederick asintió levemente con la cabeza e indicó:

—Vamos, pasemos al otro lado.

Se metió en el río.

Cynthia y Brenda le Imitaron, visiblemente asustadas.

Chester y Perry, vigilando atentamente, siguieron al profesor Nolan y a las chicas. Ganaron los cinco la orilla opuesta sin que surgiera un solo cocodrilo más.

—¿Descansamos aquí, profesor Nolan? —preguntó Burke.

—Pues… —vaciló Frederick.

—Caminemos un poco más —propuso Cynthia.

—Sí, opino lo mismo —dijo Brenda.

Stanton sonrió con Ironía.

—¿No estabais cansadas, preciosas…?

—Hay demasiados cocodrilos por aquí, Burke —rezongó la periodista.

—Pero están muertos, Brenda.

—Puede haber más.

—Hubieran surgido ya.

—De todos modos, prefiero que nos alejemos un poco más —insistió la reportera.

—Y yo —dijo Cynthia.

Burke miró a Frederick.

—¿Profesor…?

Nolan dio una cabezada.

—Alejémonos un par de cientos de metros, Stanton. Las chicas se sentirán más tranquilas, y creo que nosotros también.

—De acuerdo —sonrió Burke, y echó a andar.

* * *

En un pequeño claro de la selva, a unos trescientos metros del río y de los cocodrilos muertos, los expedicionarios se detuvieron para descansar y comer algo.

Cynthia Lawson y Brenda Farrell se derrumbaron literalmente.

—Cómo me duelen los pies… —murmuró la primera, cogiéndose el derecho.

—Y a mí —rezongó la periodista.

Burke Stanton advirtió:

—Aprovechad bien estos minutos de descanso, guapas, porque no podemos quedarnos mucho tiempo aquí. Aún no estamos en territorio de macúes ni tacúes, pero es posible que alguno de esos salvajes haya oído los disparos que efectuamos en el río. Si es así, no tardarán en aparecer.

—¡Este hombre disfruta asustándonos! —exclamó Cynthia.

—¡Desde luego! —dijo Brenda.

—Si realmente deseara eso, perdería el tiempo. No se puede asustar a unas chicas tan valientes como vosotras — repuso el explorador, irónico.

—¡Al diablo contigo, Burke! —barbotó Brenda.

—¡Eso! —masculló Cynthia.

Frederick Nolan, Perry Tilton y Chester Cobb se echaron a reír.

Habían reanudado la marcha.

Una marcha que se prolongó hasta el atardecer, sin incidentes graves.

De los macúes y los tacúes, hasta el momento presente, no sabían nada, lo cual parecía indicar que ni unos ni otros habían oído los disparos efectuados en el río contra los cocodrilos.

Acamparon en un lugar que Burke Stanton le pareció apropiado. Cenaron, y él y Perry Tilton hicieron el primer turno de guardia mientras Frederick Nolan, Chester Cobb, Cynthia Lawson y Brenda Farrell dormían.

Cynthia y Brenda seguían teniendo miedo, pero el cansancio pudo

más y durmieron a pierna suelta las dos.

Al amanecer la expedición se puso nuevamente en movimiento.

Casi al mediodía divisaban el rio que el profesor Nolan eligiera para amarar, cuya idea fue rechazada por Burke Stanton por considerar que era demasiado peligroso posar el hidroavión tan cerca de la zona que debían explorar por la proximidad de los territorios macúe y tacúe.

—Haremos un alto aquí, profesor —decidió Burke.

—Menos mal —suspiró Cynthia.

—Creí que no íbamos a detenernos nunca —jadeó Brenda.

—A partir de ahora no debemos utilizar las armas de fuego a menos que sea absolutamente necesario —indicó el explorador—. Tampoco debemos gritar ni hablar demasiado alto. Es importante que nuestra presencia sea ignorada por los macúes y los tacúes: si nos descubren, tendremos muchos problemas.

—Lo tendremos presente, Stanton —respondió Frederick.

Burke escrutó el río.

—Creo que voy a darme un baño. Empiezo a oler a caballo por culpa del sudor —dijo, y empezó a desnudarse.

CAPÍTULO VIII

FREDERICK, PERRY, Chester, Cynthia y Brenda se miraron entre sí, sorprendidos.

—Dice que va a darse un baño… —murmuró la reportera.

—Y debe ser verdad, porque se lo está quitando todo — añadió la sobrina de Nolan. —¿No teme a los cocodrilos, Stanton…? —preguntó Frederick.

Burke volvió la cabeza y lo miró por encima del hombro.

—No parece que haya cocodrilos en este río, profesor.

—Tampoco parecía que los había en el otro, y surgieron nueve en menos que canta un gallo —recordó Brenda.

—No temáis, si surge alguno saldré del río inmediatamente. Y por si no me diera tiempo cogeré un cuchillo.

—Báñate tranquilo —dijo Perry—. Nosotros vigilaremos.

—Sí, estaremos atentos —añadió Chester.

Stanton sonrió.

—Gracias, muchachos. Pero recordad que no debemos hacer uso de las armas de fuego salvo en caso de máxima necesidad. No disparéis, pues, si descubrís algún cocodrilo. Avisadme y saldré del río a toda prisa. Es preferible eso a armar ruido con las escopetas.

—De acuerdo, Burke —asintió Perry.

El explorador se despojó de todo menos del slip, en cuyo lacio derecho se colocó el cuchillo.

Cynthia Lawson no pudo evitar que los ojos brillaran al contemplar el musculoso cuerpo de Burke Stanton, moreno, velludo, tremendamente viril.

El aventurero se metió tranquilamente en el río y empezó a nadar,

procurando no alejarse demasiado de la orilla.

Pasaron un par de minutos, y no surgió un solo cocodrilo.

—El agua está deliciosa, profesor —aseguró Burke—. ¿No le apetece darse un chapuzón…?

Frederick, tras una leve vacilación, sonrió y respondió:

—Me ha convencido usted, Stanton.

Y empezó a quitarse la ropa.

Al igual que Burke, conservó únicamente el slip.

—Vigilad atentamente, ¿eh, muchachos? —rogó a Perry y Chester.

—Descuide, profesor —sonrió Perry.

—Cuando ustedes salgan, nos bañaremos Perry y yo —dijo Chester.

—Magnífico —repuso Nolan, y se metió en el río.

Dio unas cuantas brazadas.

—Tenía usted razón, Stanton. ¡Es una delicia bañarse en este río!

Burke rio y miró a Cynthia y Brenda.

—¿Qué, vosotras no os bañáis, valentonas…? —preguntó, con burlona expresión.

Las chicas se picaron.

Por eso, y a pesar de su miedo a los cocodrilos, Brenda respondió:

—Yo sí voy a darme una zambullida.

—Yo también —dijo Cynthia—. El problema es que no sé cómo…

—Con los pechos al aire, no tenemos más remedio.

—¿Al aire?…

—Sí, amiga mía. Claro que, si te da vergüenza mostrar tus senos, puedes bañarte vestida.

Cynthia apretó los labios.

—A ti no te da vergüenza, ¿verdad, Brenda?

—Sinceramente, no.

—Lo suponía.

—Tú verás lo que decides, Cynthia —sonrió la reportera, que ya se estaba desnudando. Se lo quitó todo, excepto las tenues braguitas, y se lanzó al agua.

Cynthia se había despojado del pantalón, pero no se decidía a quitarse la blusa.

—Anímate, pequeña —dijo Frederick—. Estamos en plena selva, no tiene ninguna importancia que nos bañemos prácticamente desnudos.

—Tienes razón, tío Frederick —repuso Cynthia, y se despojó de la blusa, metiéndose rápidamente en el río.

—¿Todavía nos crees unas chicas asustadizas y cobardes, Burke…? —preguntó Brenda.

—Estoy empezando a cambiar de opinión —respondió el explorador, sonriendo. Frederick, Cynthia, Brenda, Chestery Perry rieron.

De haber sabido que estaban siendo vigilados su humor sería muy distinto. Pero ni ellos, ni Burke Stanton, se habían dado cuenta de que varios pares de ojos los observaban, ocultos en la maleza.

Eran los macúes.

* * *

Totalmente ajenos al peligro que corrían, Burke, Frederick, Brenda y Cynthia continuaron disfrutando del baño, mientras Chester y Perry aguardaban turno para refrescarse.

Perry y Chester vigilaban las dos orillas del río, naturalmente, por si surgía algún cocodrilo con hambre atrasada, pero la verdad es que el hecho de que Cynthia y Brenda se estuvieran bañando en pantaloneros solamente, les distraía bastante.

No querían mirar a las muchachas, pero los pechos desnudos de ambas les atraían como un(imán, y cada vez les resultaba más difícil apartar la vista de ellas.

Los macúes seguían observándolos, bien escondidos en la espesura.

Eran exactamente seis, y se hallaban en la orilla opuesta.

Su única vestimenta era un exiguo taparrabos e iban armados con armas y flechas, lanzas y cuchillos. Llevaban pintura en el rostro y en el pecho, lo que acentuaba la fiereza de su aspecto.

Querían atrapar vivos a los expedicionarios.

Especialmente a las dos mujeres.

Por eso no les enviaban sus flechas.

El más inteligente del grupo ideó un plan para capturar a los cuatro hombres y las dos mujeres. Por señas indicó a sus compañeros lo que tenían que hacer.

Estos entendieron y se apresuraron a desarrollar el plan.

Dos macúes se alejaron silenciosamente río arriba sin dejarse ver en ningún momento, mientras otros dos macúes se alejaban río abajo con idénticas precauciones.

El otro macúe se quedó con el que había ideado el plan de ataque a la espera de que sus compañeros cruzaron el río, cuando se hallasen lo suficientemente distanciados como para no ser vistos por los expedicionarios.

Se trataba de caer por sorpresa sobre Chester y Perry e impedir que éstos pudieran hacer uso de sus escopetas. Si lo conseguían, el resto sería sencillo, porque Burke, Frederick, Cynthia y Brenda se encontraban en el río, sin más armas que el cuchillo que el explorador se había colocado en el slip.

Entonces entrarían en acción los dos macúes que habían quedado ocultos en la orilla.

Sin sospechar que estaban a punto de ser atrapados, los expedicionarios seguían divirtiéndose, unos gozando del baño y Perry y Chester deleitándose con la contemplación, cada vez menos disimulada, de los hermosos pechos de Brenda y Cynthia.

Los cuatro macúes cruzaron el río sin ser descubiertos y avanzaron cautelosamente hacia el lugar en donde se encontraban Perry y Chester.

Los otros dos macúes se prepararon para brotar de la maleza y lanzarse al río.

Era sólo cuestión de segundos.

Apenas diez o quince.

El ataque de los macúes era ya prácticamente un hecho.

CAPÍTULO IX

BURKE STANTON vio que algo se movía en la espesura a espaldas de Perry Tilton y Chester Cobb, y gritó:

—¡Cuidado, muchachos! ¡Hay algo o alguien detrás de vosotros!

Chester y Perry se revolvieron, pero ya no tuvieron tiempo de disparar sus escopetas, porque los cuatro macúes brincaron de la maleza y cayeron sobre ellos, derribándolos. —¡Salvajes! —exclamó Frederick Nolan.

—¡Son macúes! —rugió Burke, quien conocía bien las características que diferenciaban a estos indios de los tacúes.

—¡Ay! —gimió Cynthia Lawson, recordando las palabras del explorador: «A los macúes se les hace la boca agua cuando ven una mujer rubia.»

Y le entraron ganas de cortarse el pelo.

Burke ya estaba saliendo del río.

Tenía que ayudar a Chester y a Perry a librarse de los cuatro salvajes.

Por hallarse todos pendientes de estos cuatro macúes no vieron a los otros dos indios lanzarse al río, tan rápidos como silenciosos.

Perry recibió un fuerte golpe en la cabeza asestado con una lanza y quedó inconsciente, lo que permitió a los dos macúes que saltaron sobre él hacer frente a Burke.

Y a Frederick, que también estaba saliendo ya del río.

Burke hubiera querido empuñar su escopeta o su revólver, pero como no había tiempo para ello tuvo que conformarse con empuñar el cuchillo que llevaba en el slip.

Uno de los macúes le descargó su lanza, pero el aventurero saltó de

lado con asombrosa agilidad y esquivó el golpe.

El indio no tuvo oportunidad de intentarlo de nuevo, porque Burke saltó sobre él como un tigre y le hundió el cuchillo en el pecho.

El salvaje emitió un alarido de muerte y se desplomó, la sangre corría ya por su pecho. Burke había desclavado el cuchillo antes de que el macúe se derrumbara, y atacó con él al otro indio, que había conseguido dejar inconsciente al profesor Nolan con un duro golpe de lanza.

El salvaje no pudo burlar la cuchillada del explorador.

Una cuchillada mortal de necesidad, pues la hoja de acero se hundió hasta la empuñadura en su pulmón izquierdo.

El indio lanzó un grito desgarrador y se vino abajo en el acto.

Chester seguía luchando a brazo partido con los dos macúes que cayeran sobre él.

Burke acudió en su ayuda, sin haber descubierto todavía a los dos indios que estaban cruzando el río.

Uno de los salvajes se desentendió de Chester e hizo frente al explorador, cuyo estómago intentó atravesar con su lanza, al tiempo que daba un grito de guerra.

Burke esquivó hábilmente el terrible lanzazo y le soltó una feroz cuchillada al indio en el costado.

Eli macúe dio un nuevo grito, esta vez de dolor, y se precipitó contra el suelo.

Casi al mismo tiempo, Chester, que había conseguido empuñar su cuchillo, se lo clavaba en el vientre al salvaje que luchaba con él.

El indio aulló como una bestia y se desplomó, perdiendo sangre a borbotones por la herida.

Burke creyó que la lucha había acabado, pero en ese preciso instante oyó chillar a Cynthia y Brenda. Al revolverse como una centella descubrió a los dos macúes que habían atravesado el río sin ser vistos por ninguno de los miembros de la expedición.

Ni siquiera Cynthia y Brenda les había oído acercarse a ellas.

Cuando se percataron del peligro que corrían, ya era tarde para intentar ponerse a salvo, pues los macúes saltaron sobre ellas y las sujetaron con fuerza.

—¡Burke…! —chilló Brenda.

—¡Socorro…! —gritó Cynthia.

—¡Vamos en su ayuda, Chester! —rugió el explorador, y se lanzó al

río.

Cobb se puso en pie de un salto y le imitó.

Los macúes aplicaron sus cuchillos a las gargantas de las mujeres y gritaban algo en su dialecto.

Un dialecto que Burke Stanton no conocía, como tampoco el dialecto con el que se expresaban los tacúes, pues ambos eran terriblemente complicados.

No era necesario, sin embargo.

La acción de los macúes era lo suficientemente expresiva.

Si Burke y Chester intentaban algo contra ellos, degollarían a Cynthia y Brenda.

* * *

Burke Stanton se detuvo, a sólo un par de metros de los macúes, y levantó el brazo izquierdo.

—Quieto, Chester.

Chester Cobb se detuvo también.

—Nos amenazan con matarlas, ¿verdad? —adivinó.

—Así es.

—¿Qué hacemos, Burke?

—Continuar quietos, Chester. No podemos hacer otra cosa, por el momento.

Cynthia Lawson y Brenda Farrell, aterrorizadas, no se atrevían ni a respirar. Estaban las dos muy pálidas, y temblaban perceptiblemente entre los oscuros y vigorosos brazos de los macúes.

Estos las habían atrapado por la cintura con su brazo izquierdo, y esgrimían el cuchillo con la derecha. El agua les llegaba hasta la mitad del pecho, aproximadamente, por lo que sus senos desnudos quedaban perfectamente visibles.

Pero ni Burke ni Chester les prestaban la menor atención, ahora.

La situación era demasiado dramática como para pensar en la belleza de los bustos de Cynthia y Brenda.

Los macúes hablaron de nuevo en su lengua.

—¿Qué dicen ahora? —preguntó Chester.

—No estoy seguro, pero creo que nos ordenan que arrojemos los cuchillos —respondió Burke.

—Si lo hacemos, nos matarán.

—Y si no lo hacemos, las matarán a ellas.

Burke arrojó su cuchillo.

Chester vaciló unos segundos, pero arrojó también el suyo.

Los ojos de los macúes brillaron con fuerza pues eso era lo que ellos querían, que Burke y Chester quedaran desarmados para tenerlos a su merced.

Empujaron a las mujeres.

Seguían teniendo los cuchillos pegados a sus gargantas.

Burke tensó todos los músculos de su cuerpo

—Atento, Chester —dijo, en tono muy bajo— Si no atrapamos sus brazos cuando nos suelten la cuchillada, no lo contaremos.

Cobb se preparó también para defenderse con la máxima rapidez y eficacia.

Los macúes empujaron un poco más a Cynthia y Brenda.

Ya tenían a Burke y Chester al alcance de sus cuchillos.

Los retiraron velozmente de las gargantas de las mujeres y trataron de Incrustarlos en las cajas torácicas de los dos hombres, vengando así la muerte de sus cuatro compañeros.

Burke, haciendo gala de unos reflejos extraordinarios, alzó sus manos y aferró el fuerte brazo del Indio, al que hizo caer.

El explorador se sumergió con él, continuando la lucha bajo el agua.

Era el macúe que sujetaba a Cynthia, pero tuvo que soltarla para pelear con Burke. Chester había logrado aferrar también el brazo derecho del otro salvaje, aunque no pudo evitar que la punta del cuchillo le causara una herida en el pecho, afortunadamente poco profunda.

El indio y Chester perdieron el equilibrio y continuaron la lucha bajo el agua, como Burke y el otro salvaje.

Brenda, libre ya del macúe que la había tenido sujeta por la cintura, nadó hacia la orilla, siendo Imitada por Cynthia. La alcanzaron y salieron del río.

Con el terror metido todavía en sus cuerpos aguardaron el resultado de la feroz lucha que Burke y Chester sostenían con los macúes, sin preocuparse de cubrir su casi total desnudez.

Lo que sí hicieron fue empuñar dos de las escopetas.

Las de Burke y Frederlck, concretamente.

SI los macúes vencían a Burke y Chester, dispararían sobre ellos sin dudar.

Pero Burke pudo con su enemigo, al que eliminó con el propio cuchillo del macúe, clavándoselo en la espalda tras habérselo

arrebatado limpiamente.

El explorador emergió y llenó sus pulmones de aire, mientras que el Indio acuchillado por él quedaba flotando entre dos aguas, oscureciéndolas con su sangre.

Brenda y Cynthia respingaron de alegría.

—¡Ayude a Chester, por favor! —pidió la sobrina de Nolan.

Stanton se lanzó hacia el punto del río en donde, sumergidos, luchaban ferozmente Chester y el único macúe que quedaba con vida.

Chester pugnaba por arrebatarle el cuchillo al Indio, pero éste hacía lo Imposible para conservarlo y hundirlo en el cuerpo de su enemigo.

Burke, sumergido de nuevo, se aproximó al macúe y le soltó una cuchillada entre los omoplatos.

El indio abrió la boca, con intención de gritar.

No pudo, claro.

Se le llenó de agua al instante y ahogó su alarido de muerte.

Chester lo soltó y emergió.

Burke emergió también.

La lucha había terminado.

Y la habían ganado ellos.

Por eso se dieron una abrazo, jadeantes todavía por el esfuerzo realizado.

CAPÍTULO X

CYNTHIA LAWSON y Brenda Farrell se abrazaron también.

No se tenían mucha simpatía, pero en aquel momento parecían quererse como hermanas.

Y era lógico, después de lo que había pasado.

Ambas se habían visto muertas.

Degolladas por los macúes.

De ahí su inmensa alegría ahora que el peligro había sido superado.

Burke Stanton y Chester Cobb alcanzaron también la orilla y salieron del río.

Brenda quiso abrazar al explorador, pero Cynthia se le anticipó.

—¡Burke! —exclamó la sobrina de Nolan.

El explorador la estrechó cariñosamente contra su pecho, que recibió la caricia de los suaves senos femeninos, todavía mojados.

—Tranquilízate, Cynthia. Ya pasó el peligro.

Brenda frunció el ceño.

Había dejado de querer a Cynthia como a una hermana.

Le dio unos golpecitos en el hombro y dijo:

—¿Me permites que abrace a Burke, mona?

Cynthia la miró y sugirió:

—¿Por qué no abrazas a Chester, Brenda? Seguro que él lo está deseando.

—Desde luego —sonrió Cobb.

—¡Encantada! —exclamó la reportera para fastidiar a Burke, y abrazó y besó a Chester.

A Burke no le importó en absoluto, y lo demostró sonriendo.

Cynthia no quiso ser menos, y también ella besó en los labios al

explorador.

—Gracias por habernos salvado, Burke.

—Lo mismo digo, Chester —sonrió Brenda.

Cobb compuso una mueca.

Brenda dejó de sonreír.

—¿Pones siempre esa cara de asco cuando una mujer te besa, Chester?

—Perdona, pero es que me duele la herida.

—¿Qué herida?

—La que me causó el salvaje con su cuchillo, en el pecho. No es importante, pero…

—¿Por qué no lo dijiste antes? No te hubiera abrazado tan fuerte!

Chester sonrió.

—Ha valido la pena, te lo aseguro.

—Qué galante.

Burke indicó:

—Atiéndele la herida, Brenda. Cynthia y yo nos ocuparemos del profesor Nolan y de Perry.

—Bien.

Cynthia sugirió:

—Creo que antes deberíamos vestimos, ¿no? Los mosquitos me lo están picando todo.

—¡Y a mí! —dijo Brenda, dándose una fuerte palmada en la nalga zurda.

Burke, Cynthia y Chester rompieron a reír.

Frederick Nolan y Perry Tilton ya habían vuelto en sí, reanimados por Burke Stanton y Cynthia Lawson. Tenían sendos chichones en sus respectivas cabezas, pero nada más.

Brenda Farrell, por su parte, había curado la herida de Chester Cobb, cubriéndola luego con una gasa que sujetó con un par de tiras de esparadrapo.

Después de comentar con Frederick y Perry lo sucedido, Burke dijo:

—El hecho de no haber efectuado un solo disparo contra los macúes nos beneficia enormemente. No sólo porque hubieran podido ser oídos por otros macúes, o tal ver por algún grupo de tacúes, sino porque al haberlos matado a los seis a cuchilladas puede parecer que fueron liquidados por sus rivales vecinos. Y creo que eso es lo que pensaran los macúes cuando encuentren los cadáveres de sus compañeros.

—Seguro —asintió Frederick.

—Bien, ahora tenemos que largarnos de aquí. Cruzaremos el río un poco más arriba para no dejar ningún rastro de nuestro paso en este lugar. Una vez nos hayamos alejado bastante nos detendremos para descansar y comer; lo hubiéramos hecho aquí, pero no podemos quedamos después de lo ocurrido.

Cynthia y Brenda, aunque estaban cansados y hambrientos, comprendieron que Burke tenía razón y no protestaron.

* * *

En toda la tarde no volvieron a ser molestados por los macúes.

Ni por los tacúes.

Cuando empezó a oscurecer se detuvieron para pasar la noche.

Mientras cenaban, Burke observó:

—Estamos ya en la zona en la que, según sus investigaciones, fue levantada Katura, profesor Nolan.

—Así es —asintió Frederick.

—Explorarla nos llevará varios días.

—Si finalmente encontramos la ciudad perdida habrá valido la pena. ¿No opina igual, Stanton?

—Desde luego. Aunque le confieso que soy un poco pesimista al respecto.

—Sigue pensando que Katura ya no existe, ¿eh?

—Quisiera equivocarme, profesor, pero…

Brenda Farrell intervino:

—¿Es cierto que Katura fue construida en la época preincaica, profesor Nolan?

—Sí, los duncas existieron mucho antes que los incas — respondió Frederick.

—¿Duncas?…

—Sí, así se llamaban los indios que levantaron Katura.

—Jamás había oído hablar de los duncas —confesó la reportera.

—Se sabe muy poco de ellos. Pero, si encontramos Katura, sabremos mucho más. Esa ciudad nos revelará los secretos de los duncas, y nosotros los revelaremos al mundo entero.

Los ojos de Brenda Farrell brillaron sólo de pensarlo.

—Menudo reportaje voy a hacer, si encontramos la ciudad perdida.

—Suponiendo que no se te zampen los tacúes —dijo Burke—. Ya sabes que sienten preferencia por las pelirrojas…

Brenda lo miró, ceñuda.

—A ti te tenía yo por un tacúe, pero me parece que te estás volviendo macúe — rezongó.

—¿Qué quieres decir?

—Que empiezas a inclinarte por las rubias, eso es lo que quiero decir.

El explorador tosió.

—A mí no me importa el color del cabello, Brenda. Me gustan las mujeres, todas las mujeres, sin tener en cuenta el color de su pelo, de su piel, la forma de sus ojos, o de sus labios. Me basta con que sean guapas y estén bien formadas.

Cynthia Lawson terció:

—Si le gustan todas las mujeres, nunca se casará, Burke.

—No, me temo que no —rio Stanton—. Me gusta demasiado la libertad, y casarme significaría perderla.

—¿Por qué?

—Es así, Cynthia. Una esposa ata mucho. Y los hijos, más aún. Un aventurero como yo, que anda siempre de un lado para otro, corriendo peligros, exponiendo su vida continuamente, no puede formar un hogar. Sería una falta de responsabilidad por mi parte.

—Tiene razón, Stanton —opinó Frederick—. Su profesión y el matrimonio no son compatibles. O las aventuras, o el hogar.

—Me quedo con las aventuras.

—Si encontrara una mujer a la que quisiera de verdad, quizá cambiara de idea — repuso Cynthia.

—Es muy poco probable, pero…

—Tan poco probable que a mí me parece imposible —habló de nuevo Brenda.

Cynthia guardó silencio, a pesar de que no estaba de acuerdo con la reportera. Ella se sentía muy atraída hacia Burke, y haría todo lo posible por conquistarle.

No sería fácil, pero estaba convencida de que tenía posibilidades de conseguirlo.

* * *

Burke Stanton se estaba fumando un cigarro mientras realizaba su turno de guardia junto con Perry Tilton. El profesor Nolan, Chester Cobb, Cynthia Lawson y Brenda Farrell dormían.

Eso parecía, al menos, porque los cuatro estaban tumbados y tenían

los ojos cerrados.

Cynthia, sin embargo, estaba despierta, aguardando que el sueño de Brenda fuera tan profundo que no la oyera levantarse y acercarse a Burke.

Cuando estimó que así era, se puso silenciosamente en pie y se aproximó al explorador, que vigilaba en uno de los extremos del campamento, sentado en el tronco de un árbol caído.

Stanton la vio acercarse y se quitó el cigarro de la boca.

—¿Te ocurre algo, Cynthia? —preguntó, en voz baja.

—No consigo conciliar el sueño —mintió la joven, y se sentó junto al aventurero.

—¿Vuelves a sentir miedo?

—No, no es por eso.

—¿Cuál es la causa, entonces…?

—Estoy nerviosa, pero no sé por qué.

—¿No será que tomaste demasiado café…?

Cynthia sonrió.

—A mí el café no me pone nerviosa. Y tampoco me quita el sueño.

—Puedo dormirte de un puñetazo, si quieres.

—No sea bruto, Burke —rio quedamente la muchacha.

—Era sólo una broma.

—Lo sé.

—También puedo dormirte a besos.

—¿Otra broma?

—No, ahora va en serio.

—¿Crees que lo de los besos dará resultado, Burke?

—Seguro que sí.

—Adelante, pues.

Stanton la tomó en sus brazos y la besó en los labios, larga y apretadamente. Después, y sin soltarla, la miró a los ojos y preguntó:

—¿Te sientes más relajada, Cynthia..?

—Sí, pero sigo sin tener sueño.

—Quizá si acompañara mis besos de algunas caricias…

—Es una gran idea.

Burke la besó de nuevo, al tiempo que le desabotonaba la blusa y le acariciaba los senos, suave y hábilmente.

Cynthia se estremeció dulcemente y emitió un gemidito de placer.

Un par de minutos después, Stanton preguntaba:

—¿Empiezas a tener sueño, Cynthia…?

—Cada vez estoy más despierta, Burke. ¿Por qué será? —preguntó la joven con una pícara sonrisa en los labios.

—Quizá se deba a que sientes deseos de hacer el amor.

—¿Con quién?

—Conmigo.

—¿Y si te dijera que sí…?

—Te complacería con mucho gusto, porque yo lo deseo tanto como tú.

—¿Y Brenda…?

—Brenda duerme.

—¿Qué diría si se enterase de que tú y yo…?

—Ella adivinó desde el primer día que me gustabas y que trataría de hacer el amor contigo.

—Qué intuición la suya —sonrió Cynthia, y besó al explorador.

Minutos después, al otro lado del tronco caído, que los protegió de las miradas de Perry Tilton situado al otro extremo del campamento, Burke y Cynthia se entregaron de lleno al acto amoroso.

CAPÍTULO XI

HABÍAN transcurrido dos días más.

Otras dos largas y duras jomadas en el corazón de la selva amazónica, amenazados por los voraces cocodrilos, por las serpientes, algunas de ellas venenosas, bajo un sol tan caliente que los hacía sudar a chorros.

El mayor peligro, sin embargo, radicaba en las tribus salvajes que habitaban aquella región del Amazonas. No habían vuelto a tropezarse con los macúes, pero sí habían visto a un grupo de tacúes.

Sucedió aquella misma tarde, pero, afortunadamente, Burke Stanton detectó a los peligrosos indios con tiempo suficiente para ponerse todos a cubierto, y los tacúes, siete en total, pasaron de largo sin descubrir a los expedicionarios.

Brenda Farrell fue quien más se alegró, por aquello de que los tacúes sentían predilección por las mujeres pelirrojas, aunque la reportera, en el fondo, sabía que se trataba de una broma de Burke.

En aquellos dos días, no habían hallado el menor rastro de Katura, que seguía siendo una ciudad perdida, desaparecida, imposible de encontrar, porque probablemente hacía tiempo que había dejado de existir.

Burke Stanton era cada vez más pesimista, pero el profesor Nolan seguía teniendo una fe inmensa en el éxito de la expedición, y consultaba continuamente el mapa que llevaba consigo.

—Estamos cerca, lo presiento —dijo aquella noche, mientras cenaban.

—¿Usted cree? —repuso Burke, escéptico.

—Sí, estoy seguro. Oigo como una voz lejana advirtiéndome que nos

aproximamos a Katura.

—Eso son las ganas que tiene de encontrar la ciudad perdida, profesor —sonrió Stanton.

—Yo también tengo la corazonada de que vamos a encontrar Katura muy pronto, profesor Nolan —intervino Brenda Farrell.

—¿De veras…?

—Lo dice para animarte, tío Frederick —habló Cynthia Lawson.

—Te equivocas. Es cierto que tengo la corazonada de que vamos a hallar la ciudad perdida. Y como mis corazonadas casi nunca suelen fallar, estoy dispuesta a aceptar apuestas. ¿Quién dijo cien dólares…?

Las palabras de la periodista hicieron reirá todos.

* * *

Por la mañana, reanudaron la búsqueda de la ciudad perdida, explorando la selva amazónica con las máximas precauciones, conscientes de que en cualquier momento podían tropezarse con los macúes o los tacúes

Llevarían unas tres horas de marcha cuando, de pronto, al atravesar una zona de vegetación tan abundante y espesa que semejaba una muralla levantada con plantas, tallos y hojas de todos los tamaños, en donde hubo que abrirse paso a golpes de machete, Burke Stanton descubrió algo que le llamó poderosamente la atención.

—Observe eso, profesor Nolan.

Frederick siguió con la mirada la dirección que marcaba el machete del explorador.

—Parecen fragmentos de muro… —musitó.

Cynthia, Brenda, Chester y Perry miraron también hacia allí.

La reportera, nerviosa, preguntó:

—¿Será Katura, profesor…?

—Es posible —respondió Nolan, esperanzado—. Acerquémonos, Stanton. La vegetación lo cubre todo, y si no la eliminamos, no sabremos lo que hay detrás.

—Adelante —dijo Burke, y avanzó decidido hacia lo que parecía fragmentos de muro encubierto por la maleza.

A machetazos hizo desaparecer las ramas que cubrían las gruesas piedras y el muro fue quedando visible.

Y en el muro apareció una puerta.

Era más ancha por abajo que por arriba.

Todos los miembros de la expedición estaban nerviosos, pero el

profesor Nolan se llevaba la palma en ese aspecto.

—Siga limpiando esto de vegetación, Stanton. Especialmente, la parte superior de esta puerta, pasadizo, o lo que sea. Puede que haya alguna inscripción reveladora.

—Bien —respondió Burke, y soltó unos cuantos machetazos más limpiando la parte más alta de aquella entrada que habían sabido descubrir en el muro.

Frederick Nolan había acertado.

Había una inscripción sobre la entrada.

Eran unos signos muy extraños.

Estaban grabados en las piedras, y eran exactamente seis.

El profesor Nolan, apenas fijarse en los complicados signos, dio un respingo de alegría y exclamó:

—¡Es Katura!... ¡La ciudad perdida...!

* * *

Brenda Farrell no pudo reprimir un grito de júbilo.

—¡Ya dije que mis corazonadas no suelen fallar! ¡Hemos encontrado Katura!

—¡Sabía que estábamos cerca! ¡Lo presentía, también lo dije! —recordó Frederick Nolan, igualmente jubiloso.

—¡Un abrazo, profesor!

—¡Y bien fuerte, Brenda!

La reportera estrujó al profesor Nolan, y viceversa.

Pero no quedó ahí la cosa.

Brenda le dio un soberano beso a Frederick en los labios llevada de su entusiasmo, y éste no tuvo inconveniente en devolvérselo.

Chester y Perry reían muy contentos también.

Cynthia Lawson abrazó y besó a Burke Stanton.

—¡Lo conseguimos, Burke!

—Sí, eso parece.

Frederick se separó de la reportera.

—¡Gracias por el beso, Brenda!

—¡A usted, profesor!

—¡Y gracias también por la confianza que siempre tuviste en que íbamos a encontrar Katura!

—¡Usted me la contagió, profesor Nolan!

Frederick se volvió hacia Burke.

—¿Qué dice ahora, Stanton...?

—Reconozco que estaba equivocado, profesor —sonrió el aventurero —. Pensaba que Katura no existía ya, pero aquí la tenemos, cubierta de vegetación. Tan cubierta, que por poco pasamos por delante de ella sin verla.

—¡Quizá por eso no la había encontrado nadie, tío Frederick! —dijo Cynthia.

—Sí, es posible. Con el paso de los años, la maleza ha ido trepando por los muros y ha envuelto totalmente la ciudad entera, ocultándola. Era difícil, muy difícil, encontrar Katura.

—Esto supone un gran éxito para usted, profesor Nolan —observó Burke.

—A usted se lo debo, Stanton. Sin su ayuda, jamás hubiéramos llegado hasta aquí. Su experiencia ha sido un factor decisivo.

—Gracias, profesor.

—Bien, creo que debemos entrar en la antigua ciudad de los duncas sin más demora. ¿No le parece, Stanton…?

—Desde luego, profesor. Abriré paso con mi machete — respondió el explorador, y cruzó la entrada.

Estaba dando machetazos a destajo cuando, repentinamente, el suelo cedió bajo sus pies y se lo tragó.

CAPÍTULO XII

CYNTHIA LAWSON y Brenda Farrell chillaron al ver que la tierra engullía a Burke Stanton como si se tratara de la boca de una bestia gigantesca.

—¡Stanton! —gritó Frederick Nolan, intentando sujetar al explorador, pero no le dio tiempo.

Milagrosamente, Burke pudo agarrarse al borde de la trampa que había funcionado al poner él los pies sobre ella.

Una trampa mortal de necesidad, pues se trataba de una especie de pozo en cuyo fondo habían sido clavadas una serie de afiladas estacas que lo hubieran ensartado de forma irremisible.

Por si fuera poco, no menos de dos docenas de serpientes venenosas se movían por entre las estacas esperando que cayera Burke.

El aventurero al mirar hacia abajo sintió un ramalazo de frío en la espalda, a pesar de la alta temperatura reinante.

Chester Cobb y Perry Tilton se apresuraron a ayudar al explorador, aunque era muy poco lo que podían hacer pues la trampa tenía casi metro y medio de larga, y como su anchura era exactamente igual a la de la entrada de la ciudad perdida, no se podía pasar por los lados.

Había que saltar por encima, para poder llegar al otro lado, y ello entrañaba un riesgo evidente, más que por la distancia, no demasiado grande, por la abundante vegetación que lo cubría todo más allá de la trampa.

Podía repeler a quien se decidiera a saltar y lanzarlo al fondo del pozo, sobre las puntiagudas estacas y las serpientes venenosas.

A pesar del peligro existente, Chester y Perry se dispusieron a saltar, pero Burke los vio prepararse y gritó:

—¡Quietos, locos!

—¡Tenemos que ayudarte, Burke! —dijo Chester.

—¡No es necesario! ¡Puedo izarme solo!

—¿Seguro? —preguntó Perry.

—¡Ahora lo veréis!

Burke puso en juego toda la fuerza de los músculos de sus brazos y, aunque el borde de la trampa no era ni mucho menos una asidero cómodo y seguro, consiguió auparse a pulso y salir del profundo pozo, dejando chasqueadas a las serpientes venenosas, que tuvieron que conformarse con pasearse por encima del machete del explorador, lo único que había ido a parar el fondo de la trampa.

Cynthia y Brenda lanzaron sendos suspiros de alivio al ver a Burke fuera de la trampa, apretujado contra la maleza que bloqueaba totalmente la entrada de Katura, más allá de la trampa.

Frederick, Chester y Perry también pudieron respirar hondo.

—¡De buena se ha librado, Stanton! —exclamó el primero.

Burke forzó una sonrisa.

—Parece que los duncas eran unos tipos muy desconfiados, profesor. Esta trampa lo demuestra.

—Lo raro es que haya funcionado, después de tanto tiempo —dijo Chester.

—Es una trampa segura, no hay duda —repuso el aventurero.

—¡Salta a este lado, Burke! —pidió Cynthia.

—¡Sí, no te quedes ahí! —añadió Brenda.

—Tengo que limpiar la entrada de maleza, ¿lo habéis olvidado ya?

—¡Te has quedado sin machete! —recordó Cynthia.

—Llevo otro en la mochila —respondió Stanton, y se despojó de ella con cuidado, pues la vegetación parecía empujarle hacia el hueco de la trampa.

Abrió la mochila y extrajo el machete de repuesto.

Con él fue eliminando la maleza que cubría la entrada de la ciudad perdida, y pronto dispuso del espacio suficiente para moverse con seguridad.

Toda la maleza cortada, la fue echando al pozo.

—¡Comed hierba, amiguitas! —dijo a las serpientes.

—¡Ten cuidado, Burke! —rogó Cynthia—. ¡Puede haber más trampas!

—¡Seguro! — exclamó Brenda.

—No, no lo creo. Con ésta los duncas tenían más que suficiente para desembarazarse de todo aquel que osara introducirse en su ciudad sin su permiso —repuso el explorador.

—Opino como usted, Stanton —dijo Frederlck—. De todos modos, tenga cuidado.

Burke siguió utilizando su machete, lo que le permitió descubrir la gruesa puerta de madera que, entreabierta, se veía a poco más de dos metros de la trampa en la que él había estado a punto de caer.

—¡Hay una puerta de madera, profesor, con incrustaciones de metal!

—¿Se puede abrir, Stanton?

Burke empujó la puerta, pero no consiguió moverla.

—¡Está atascada, profesor!

—¡Te ayudaremos a abrirla, Burke! —dijo Chester—, ¡Vamos, Perry!

Tomaron carrera los dos y saltaron por encima de la trampa, salvándola limpiamente. Como la entrada ya estaba prácticamente limpia de vegetación, el riesgo de salto era mucho menor que antes.

Frederick Nolan sintió deseos de imitar a Perry y Chester, pero no quiso dejar solas a Cynthia y Brenda. Además, tampoco estaba muy seguro de saltar lo suficiente.

Chester y Perry ayudaron a Burke, y entre los tres consiguieron que la gruesa puerta cediera, con agudo chirriar de goznes.

Lo primero que vieron fue una palanca incrustada en la pared.

Burke adivinó que era el resorte que accionaba la trampa.

Movió la palanca con ambas manos, porque con una no podía, y la trampa se cerró.

—Si alguien la pisa, se abrirá de nuevo —dijo Chester.

—Algún sistema debe de haber para que la trampa no se abra siempre que alguien la pise, sino solamente cuando a los duncas les convenía que se abriese —repuso Stanton. —Creo que Burke tiene razón —dijo Perry.

—Esperad —murmuró el explorador, y accionó la palanca en sentido inverso a como la había movido antes.

La trampa no funcionó.

Burke sonrió y dijo:

—Ya lo tengo, muchachos. Cuando la palanca está en esta posición, la trampa se abre si alguien la pisa. Y, en esta posición —la volvió a accionar—, se puede pasar por encima de la trampa sin temor.

—¿Estás seguro, Burke? —preguntó Chester, tras haber cambiado

una mirada con Perry.

—Os lo demostraré —respondió el aventurero, acercándose a la trampa.

Le dio una patada con su pierna derecha.

La trampa siguió cerrada.

Burke le dio un par de patadas más, muy fuertes, pero no consiguió que la trampa funcionara.

—¿Veis como tenía razón…? —sonrió—. Adelante, profesor Nolan. Y vosotras también, chicas. Le he echado el seguro a la trampa y no se abrirá ni aunque la pise un elefante.

—Si falla el seguro… —murmuró Cynthia.

—No fallará, no temas.

—Como hace tantos años que esa trampa fue construida… —observó Brenda.

—Os digo que no fallará. Vamos, profesor Nolan, dé usted una lección de valentía a las chicas.

Frederlck se hizo el ánimo y pasó por encima de la trampa.

Con mucha rapidez, por si acaso.

Pero la trampa no se abrió.

—¿Qué, os habéis convencido ya, gallinas? —dijo Burke, sonriendo.

Lo de «gallinas» molestó a Cynthia y Brenda, y ambas se apresuraron a pasar por encima de la trampa.

Burke las abrazó a las dos a la vez.

—¡Bravo, valentonas!

Después, penetraron todos en Katura.

Había llegado el momento de descubrir los secretos de los duncas.

CAPÍTULO XIII

KATURA era una dudad pequeña, de diseño extraño, que más parecía una casa grande pues las estancias se comunicaban entre sí.

En ella, los expedicionarios encontraron infinidad de objetos, algunos de ellos muy valiosos pues eran de oro macizo. También encontraron monedas y joyas.

Una verdadera fortuna, en suma.

Lo más importante de todo, sin embargo, era el valor histórico de las cosas que durante tantos años había guardado Katura entre sus paredes, celosamente, como si no quisiera que nadie las encontrara y las diera a conocer al mundo entero.

El profesor Nolan no cabía en sí de gozo.

Se sentía el hombre más feliz de la Tierra, e iba de un lado para otro, mirando esto, observando aquello, inspeccionando lo de más allá.

Y es que había tanto que ver…

Permanecieron el resto del día en la ciudad perdida y pasaron la noche allí. Como de costumbre, Burke Stanton y Perry Tilton hicieron la primera guardia.

Cynthia Lawson estaba esperando a que Brenda Farrell se durmiera profundamente para reunirse con el explorador y hacer el amor con él, pero dio la casualidad que la reportera estaba esperando lo mismo.

Brenda creyó que Cynthia dormía y se levantó silenciosamente, yendo hacia donde se encontraba el aventurero.

—Hola, Burke —susurró.

—¿Qué quieres, Brenda?

La periodista le echó los brazos al cuello.

—Hacer el amor contigo, cariño.

—¿Aquí…?

—Sí, en Katura, en la ciudad perdida, en la morada de los duncas.

—¿Es un capricho?

—Un capricho… y una necesidad. No hemos hecho el amor desde que salimos rumbo a la selva amazónica. Y han pasado ya varios días, Burke…

—Ya lo haremos cuando volvamos, ¿de acuerdo?

La reportera arrugó la frente.

—No tienes ganas, ¿eh?

—Brenda, éste no es el lugar más apropiado para…

—Si fuera Cynthia la que te lo pidiera, la complacerías en el acto.

—Por favor, Brenda.

—Has hecho ya el amor con ella, ¿verdad?

Burke no quiso admitirlo, pero tampoco lo negó.

—¡Macúe! —barbotó, la periodista, furiosa.

—Me gusta Cynthia, es cierto —confesó el explorador, con una ligera sonrisa.

—¿Más que yo?

—Digamos que de una manera distinta.

—¿Te has enamorado de ella?

—No lo sé.

—Yo diría que sí.

—Regresa a tu sitio y duérmete, Brenda. Por la mañana saldremos temprano.

—Está bien, no te molestaré más —rezongó la reportera, y volvió a echarse junto a Cynthia.

Esta, ahora muy contenta pues creyó que Burke no había hecho el amor con Brenda, aguardó un rato y luego fue en busca del explorador.

—¿Por qué rechazaste a Brenda, Burke?

—Porque te prefiero a ti.

—¿No la quieres?

—No, y ella lo sabe. La aprecio, siento un gran afecto por ella, me gusta su cuerpo, lo paso bien cuando hacemos el amor… Pero no quiero a Brenda, para mi es sólo una amiga; una buena amiga.

—¿Y qué soy yo para ti, Burke?

—Algo muy especial.

—¿Me quieres?

—Me temo que sí.

—¿Por qué hablas de temor?

—No me gustan las ataduras, ya te lo expliqué.

—Yo no tengo intención de atarte, Burke. Sólo quiero hacerte feliz, porque tu felicidad será también la mía.

—¿Tú me quieres, Cynthia?

—Con locura, Burke.

Stanton la abrazó y la besó.

Minutos después, hacían el amor.

A Brenda, que seguía despierta, no le sorprendió en absoluto.

En realidad, ya lo esperaba.

Por eso lo tomó con calma.

* * *

En cuanto el día empezó a clarear, los expedicionarios abandonaron Katura llevándose bastantes cosas de la ciudad de los duncas para probar que habían estado en ella.

Brenda Farrell, naturalmente, había tomado infinidad de fotos con su cámara para el reportaje.

La alegría era general, pero en el fondo todos se preguntaban si conseguirían regresar sanos y salvos al hidroavión o si serían descubiertos por los macúes o los tacúes.

Y no sólo existía el peligro de ser atacados por ellos.

Tendrían que salvar muchos otros peligros, como tuvieron que salvarlos en los días que habían transcurrido antes de llegar a la ciudad perdida. De ahí la preocupación de todos.

Habían encontrado Katura, es cierto, pero no debían lanzar las campanas al vuelo hasta hallarse todos a bordo del hidroavión. Entonces, y sólo entonces, podrían considerarse a salvo.

El primer peligro de su retomo tuvieron que afrontarlo a las dos horas escasas de haber abandonado Katura. Lo creó una serpiente pitón que surgió súbitamente de entre la maleza y atacó a Cynthia Lawson, enrollándose a sus piernas con asombrosa rapidez.

La muchacha chilló aterrorizada, al tiempo que caía.

Burke, Frederick, Chester y Perry acudieron veloces en su ayuda.

Perry, el más próximo a Cynthia, propinó un culatazo a la serpiente en la cabeza, con su escopeta, dejándola momentáneamente atontada.

Chester agarró el cuello del reptil con sus dos manos, fuertemente, y rugió:

—¡El machete, Burke!

Stanton proyectó el filo del arma sobre el cuello de la pitón y le cortó limpiamente la cabeza, como días atrás hiciera con la monstruosa boa que atacó a Chester.

Cynthia seguía chillando histéricamente.

Y eso no era bueno, pues podía ser oída por los macúes o los tacúes si algún grupo de ellos andaba cerca.

Burke le cubrió la boca con su mano.

—¡No grites, Cynthia, por favor!

Frederick, Chester y Perry se apresuraron a desenroscar el cuerpo de la pitón muerta de las piernas de Cynthia, lo que ayudó a la joven a calmarse.

Stanton la abrazó.

—Ya pasó todo, Cynthia.

—Siento haber gritado, Burke, pero es que… —se disculpó la muchacha, temblorosa todavía.

—Lo comprendo, no te preocupes.

Poco después, proseguían la marcha.

* * *

Más tarde, pasando por debajo de un enorme árbol próximo a un río que debían cruzar, con apenas medio metro de profundidad, fue una enorme anaconda la que puso en peligro la vida de los expedicionarios al descolgarse repentinamente de las ramas de aquél.

La anaconda eligió como primera víctima a Brenda Farrell, que novio cómo la gigantesca anaconda se dejaba caer sobre ella.

Chester Cobb sí la vio.

—¡Cuidado, Brenda! —gritó, e instintivamente se llevó la escopeta a la cara y apretó el gatillo.

El disparo, muy certero, destrozó la cabezota de la anaconda antes de que ésta consiguiera atrapara la reportera.

Brenda vio caer al espantoso reptil con la cabeza deshecha, y no pudo reprimir un chillido de terror.

Burke lamentó tanto el disparo de Chester como el grito de Brenda, pero comprendió que ambos habían sido inevitables.

Chester, adivinando el pensamiento del explorador se mordió los labios y murmuró:

—Lo siento, Burke. Sé que no debemos utilizar las escopetas, pero vi que esta monstruosa anaconda caía sobre Brenda y…

—Me hago cargo, Chester. Ahora debemos largarnos a toda prisa de

aquí. Es posible que el disparo haya alertado a los macúes o los tacúes. Y aún estamos muy lejos del hidroavión.

Cruzaron rápidamente el río y siguieron avanzando por la selva amazónica, esquivando deliberadamente los lugares por los que habían pasado a la ida por si acaso los salvajes habían encontrado los restos dejados por ellos.

* * *

El disparo efectuado por Chester Cobb había sido oído por un grupo de tacúes. Ocho, exactamente.

Los salvajes corrieron velozmente hacia el lugar en donde sonara el disparo descubriendo la anaconda muerta. Cambiaron unas palabras entre ellos, en su lengua, y se lanzaron en persecución de los expedicionarios, cuyo rastro hallaron en cuanto cruzaron el río.

Algunos minutos después divisaban a los seis componentes de la expedición avanzando con rapidez por entre la maleza.

Los tacúes tensaron sus arcos.

Como PerryTilton era quien cerraba la marcha, la primera flecha fue para él. La recibió en la espalda, cerca del hombro izquierdo, y cayó al suelo, dando un grito.

Chester Cobb se volvió en el acto.

—¡Nos atacan, Burke!

—¡Al suelo todos! ¡Rápido! —rugió Stanton.

Nuevas flechas buscaron los cuerpos de los expedicionarios.

Burke, Frederick y Chester respondieron al ataque de los tacúes disparando sus escopetas; mientras, Cynthia y Brenda atendían a Perry, que rabiaba porque la flecha le había tocado el hueso del hombro, lo que es terriblemente doloroso.

Burke afinó la puntería y abatió a un salvaje, alojándole una bala en el pecho.

Chester tumbó a otro, cuyo cuello fue atravesado con su disparo.

Un tercer indio cayó fulminado por los disparos del profesor Nolan.

Los otros cinco tacúes estaban ya muy cerca.

Parecían buscar la lucha cuerpo a cuerpo.

Y lo consiguieron, aunque sólo tres de ellos.

Los otros dos habían caído en el camino, certeramente alcanzados por los disparos de Burke y Chester.

Cynthia y Brenda gritaron al ver que los tres indios caían sobre Burke, Chester y Frederick, pero el pánico no les impidió desenfundar

los revólveres y defenderse con ellos.

Burke esquivó la lanza del tacúe que pretendía atravesarle el pecho con ella, y le propinó un golpe con el cañón de la escopeta, derribándolo.

Antes de que el salvaje se incorporara, Burke le disparó y acabó con él.

Frederick Nolan no podía con el indio que le había tocado en suerte, pero Cynthia y Brenda le sacaron de apuros, metiéndole sendos plomos en la espalda al tacúe, claro está.

Burke se dispuso a ayudar a Chester, pero no fue necesario ya que éste consiguió librarse del indio que cayera sobre él y le disparó a quemarropa, haciéndole dos agujeros en el vientre.

Una vez más, los expedicionarios habían superado el peligro, pues únicamente Perry estaba herido, pero el flechazo, aunque doloroso, no era ni mucho menos mortal.

EPILOGO

Había que extraerle la flecha a Perry Tilton.

Burke Stanton se encargó de ello, curando y vendando seguidamente la herida, con mucha rapidez, pues no podían quedarse en aquel lugar mucho tiempo después de haber efectuado tantos disparos.

La herida no impidió a Perry caminar, así que reanudaron la marcha tan pronto como Burke acabó de atenderle.

Aquel día no volvieron a tropezarse con los tacúes ni con los macúes.

Ni el siguiente, aunque, naturalmente, tuvieron que superar otra clase de peligros, de los que afortunadamente salieron ilesos.

Al atardecer del otro día, alcanzaron el río en donde aguardaba el hidroavión, al cual subieron rápidamente dando todos un gran respiro cuando se vieron a bordo, sanos y salvos.

Chester Cobb se encargó de pilotar el aparato porque Perry Tilton, aunque había mejorado bastante de la herida, no se hallaba todavía en condiciones de manejarlo. Hicieron escala en la costa colombiana para repostar, como en el viaje de ¡da, y al día siguiente estaban en casa.

Brenda Farrell se puso inmediatamente a preparar su reportaje, que fue publicado poco después por su periódico, «El Heraldo de Los Ángeles».

Un reportaje magnífico, en el que no sólo se insertaban fotos de la

selva amazónica y de Katura, la ciudad perdida, sino de todos los miembros de la expedición.

Burke Stanton lo estaba leyendo en su casa de Santa Mónica, cuando recibió la visita de Cynthia Lawson, que también traía un ejemplar de «El Heraldo de Los Ángeles» en las manos.

La sobrina del profesor Nolan subió al porche, se sentó en las rodillas del explorador y le dio un cálido beso en los labios.

—Buenos días, Burke.

—Hola, preciosa.

—¿Lo has decidido ya?

—¿El qué?

—Si vas a quedarte conmigo para siempre, o me echarás dentro de algunas semanas cuando te hayas cansado de hacer el amor conmigo y desees cambiar de chica.

—Quiero quedarme contigo para siempre, Cynthia, pero no quiero perder mi libertad.

—No la perderás, te lo prometo.

—Nos casaremos, pero yo seguiré emprendiendo aventuras y tú no protestarás. ¿De acuerdo…?

—Claro.

—Y no tendremos hijos hasta que yo diga. ¿De acuerdo también…?

—Lo que tú digas, cariño.

—Bien —sonrió Burke, y la besó con ganas.

Cynthia se abrazó a él con fuerza.

Se sentía inmensamente feliz por haber conseguido, que Burke se decidera a perder su soltería. Era el primer paso, y también el más difícil. De que Burke fuera, perdiendo su afición por los viajes ya se encargaría ella haciéndole la vida maravillosa cuando lo tuviera en casa.

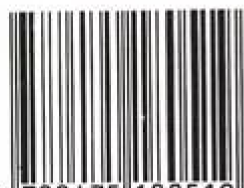
FIN

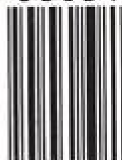
COLECCION

tam-tam

Aventuras insólitas
Desenlaces inesperados
Acción y violencia
Esto es:
tam-tam

ISBN 84-7518-051-5





EDICIONES
CERES, S. A.
Apartado de Correos
9.142 Barcelona
PRECIO EN ESPAÑA: 60 PTAS.
Printed in Spain - Impreso en España